

LAS NAVAS DE TOLOSA Y EL PARADIGMA BÉLICO MEDIEVAL¹

Francisco García Fitz*

1. INTRODUCCIÓN

Aproximadamente un cuarto de siglo después de que tuviera lugar la batalla de Las Navas de Tolosa, Lucas de Tuy, que en 1212 debía de tener entre diez y treinta años y que, por lo tanto, había sido contemporáneo del acontecimiento, resumía en su *Chronicon Mundi* lo que había sucedido en el verano de aquel año en unos términos largamente expresivos: “*tuvo lugar esta felicísima guerra en el lugar que llaman Navas de Tolosa. Nunca en España hubo una guerra igual*”². Por supuesto desconocemos si la fuerte impresión que se desprende de estas palabras fue el resultado de las noticias que circularon por el reino de León inmediatamente después de la victoria cristiana y que Lucas alcanzó a conocer en su juventud o su temprana madurez, o si por el contrario tan categórica expresión es una opinión aquilatada con la distancia y formulada desde la perspectiva histórica que el cronista tenía al escribir su crónica, dos décadas después del choque. Como quiera que fuese, de lo que no cabe duda es que para este contemporáneo la batalla había sido un hecho de guerra extraordinario para el que no encontraba comparación posible en toda la historia hispánica.

* Universidad de Extremadura.

1. Este trabajo se ha realizado en el marco de los proyectos de investigación FFI2012-31813 y HAR2012-32790 del Ministerio de Economía y Competitividad y forma parte de las actividades del Grupo de Investigación HUM023 del catálogo de Grupos de Investigación de la Junta de Extremadura.

2. “*Actum est hoc felicissimum bellum in loco qui dicitur Nauas de Tolosa, cui in Yspania simile bellum nunquam fuit*”, LUCAE TVDENSIS, *Chronicon Mundi*, cura et studio Emma Falqué, *Lvcae Tvdensi Opera Omnia*, Tomvs I, *Corpvs Christianorum. Cotinuatío Medievalis LXXIV*, Brepols Publishers, Turnhout, 2003, Lib. IV, 90, p. 330.

Varias décadas más tarde, ya a finales del siglo XIII o quizás a principios del XIV, los compiladores alfonsíes daban un paso más y no dudaban en colocar a la batalla de Las Navas entre los más grandes hechos que habían acontecido no ya en la historia hispánica, sino en la historia del mundo desde su creación: “*uno de los mas grandes fechos que en el mundo contesçieran de quando el mundo fuera criado fasta en aquella sazón, la batalla que dizen de Hubeda fue*”³.

Sirvan estas dos evaluaciones para demostrar que tanto los contemporáneos como las generaciones posteriores a la batalla de Las Navas tuvieron plena conciencia de la excepcionalidad de lo que había ocurrido el 16 de julio de 1212. Por supuesto fueron diversas las razones que confluyeron para que llegaran a forjarse unos puntos de vista tan contundentes sobre la magnitud histórica de dicho acontecimiento⁴, pero sin duda a ello no fue ajeno la singularidad de aquel hecho bélico dentro de las pautas habituales de hacer la guerra.

Y es que hay que reconocer, desde el principio, que si los contemporáneos se sintieron tan impresionados fue –insistimos que entre otras razones– porque el enfrentamiento que había tenido lugar en Las Navas de Tolosa desbordaba los cauces ordinarios por los que discurrían normalmente las operaciones y usos militares. O dicho de otra forma, porque contrastaba con el paradigma bélico de la época.

Se entiende, pues, que para calibrar en su justa medida el carácter extraordinario que, desde un punto de vista estrictamente militar, tuvo la batalla de Las Navas de Tolosa, resulte necesario conocer previamente el perfil habitual de la conflictividad bélica y responder, en consecuencia, a dos cuestiones básicas: ¿hubo realmente un paradigma bélico durante la Edad Media? Y si lo hubo, ¿cuáles fueron las características estratégicas y tácticas de este patrón de comportamiento militar?

La primera pregunta creemos que tiene una respuesta relativamente simple: todos los especialistas que se han acercado al análisis de los usos militares durante la Edad Media parecen estar de acuerdo en que, tras el fin del Imperio Romano de Occidente y hasta la formación de los “estados modernos” y la aparición de los primeros ejércitos permanentes y profesionalizados, los guerreros medievales actuaron siguiendo unas pautas diferentes a las que caracterizan el modo de actuación de los ejércitos que les precedieron en época romana y de los que les sucedieron a partir del siglo XV.

3. *Primera Crónica General*, ed. R. Ramón Menéndez Pidal, Gredos, Madrid, 1977, cap. 1011, p. 689.

4. Francisco GARCÍA FITZ, “La batalla de Las Navas de Tolosa: el impacto de un acontecimiento extraordinario”, *Congreso Internacional «Miradas Cruzadas: 1212-2012. Las Navas de Tolosa»*, 9-12 de abril de 2012 (en prensa).

Estos usos y prácticas de combate, estas formas de hacer la guerra, presentarían no solo una identidad específica o cuanto menos unas particularidades que los harían fácilmente reconocibles y distinguibles de otros anteriores o posteriores, sino que además se atenderían a unos modelos lo suficientemente uniformes a lo largo de toda Europa y del Mediterráneo como para hablar de un paradigma bélico propio del Occidente medieval. El consenso sobre esta cuestión en la literatura especializada es tan amplio que nos exime de remitir a ningún autor en particular.

Más complicado resulta, en relación con la segunda cuestión que planteábamos anteriormente, dar una respuesta clara y establecer cuáles fueron los rasgos característicos de aquel modelo, puesto que ello nos obliga a enfrentarnos con un problema de carácter historiográfico: desde el siglo XIX hasta nuestros días, la opinión de los historiadores o de los especialistas sobre lo que hemos denominado “el paradigma bélico medieval” ha cambiado sustancialmente, pudiéndose señalar al menos dos grandes propuestas de interpretación o, si se quiere, dos paradigmas bien distintos.

2. EL PARADIGMA BÉLICO MEDIEVAL SEGÚN LA HISTORIOGRAFÍA DECIMONÓNICA

El más antiguo lo encontramos en algunos de los textos clásicos de la historiografía decimonónica y de la primera mitad del siglo XX sobre “el arte de la guerra” en la Edad Media, aunque su eco llega –si bien de manera bastante atenuada– hasta nuestros días. Según esta primera propuesta, tres serían los rasgos fundamentales que, resumidamente, habrían identificado a lo que hemos denominado como el “paradigma bélico medieval”.

2.1. *La ausencia de principios tácticos y estratégicos*

Según este punto de vista, el patrón de comportamiento militar predominante habría estado caracterizado por la ausencia de principios o de pensamiento estratégico y táctico, lo que llevaría consigo actitudes y conductas tales como la falta de planificación, la carencia de entrenamiento colectivo, la irreductible e incontrolable individualidad del caballero, la indisciplina, los comportamientos estúpidos que se guiaban más por el impulso de la sangre caliente o del honor que por la experiencia, la prudencia y la inteligencia.

En este sentido, hay que reconocer que el punto de vista de uno de los más importantes e influyentes historiadores militares del siglo XIX, Charles Oman, marcó profundamente la imagen de la guerra medieval hasta bien entrado el siglo XX. A su juicio, la Edad Media occidental –más específicamente el período comprendido entre los siglos XI y XIII, lo que obviamente incluye a la época de Las Navas– contempló la práctica desaparición de las nociones de táctica y de es-

trategia: los ejércitos feudales, subrayaba Oman, eran agrupaciones temporales de guerreros, lo que imposibilitaba la instrucción colectiva y el aprendizaje de maniobras conjuntas y coordinadas; estaban dirigidos por nobles que no necesariamente eran comandantes experimentados y que habitualmente se dejaban llevar por unas consideraciones de valor, de honra o de gloria que muchas veces anulaban el buen juicio; las cadenas de mando eran inexistentes, discutidas o articuladas según criterios de preeminencia social y no de conocimiento de los usos militares. Así las cosas, la torpeza, la desorganización, la insubordinación y la indisciplina estaban a la orden del día. Por utilizar sus propias palabras, inicialmente publicadas en 1885:

“Cuando el simple coraje toma el lugar de la destreza y la experiencia, la táctica y la estrategia desaparecen igualmente. La arrogancia y la estupidez se combinan para dar cierto color característico a la manera de proceder de una hueste feudal normal”⁵.

Unos años más tarde, en 1898, ampliaría sus consideraciones en uno de los grandes hitos historiográficos de la historia militar medieval –su *A history of the Art of War*–, pero su juicio sobre el modo de actuación regular de los ejércitos feudales no cambió en absoluto. Baste recordar, si no, su apreciación sobre la falta de planificación y de liderazgo militar efectivo de los contingentes de la Primera Cruzada:

“Los ejércitos de la 1ª cruzada demostraron todos los defectos de la hueste feudal en su más alta expresión. No estaban encabezados por un único jefe, con un rango lo suficientemente alto como para garantizar la obediencia de las tropas... Si para un rey medieval era difícil gobernar sus propias levas feudales y no podía contar nunca con una obediencia incuestionable por parte de sus barones, ¿qué clase de disciplina o subordinación podría esperarse de una hueste reclutada en todas partes de Europa?”

Partiendo de estas consideraciones, Oman no podía más que expresar su perplejidad ante el hecho de que aquellos contingentes pudieran alcanzar algún éxito:

“Quizás resulta más sorprendente que los cruzados lograsen algo, a que no llegasen a conseguir más de lo que realmente lograron. Cuando nos fijamos en la naturaleza del consejo de guerra, numeroso e incontrolable, que dirigía el ejército que tomó Jerusalén, sólo nos sorprende el hecho de que no se saldara con más desastres y con menos éxitos”.

Podría decirse que, siempre según Oman, los comandantes y ejércitos medievales no alcanzaban sus objetivos gracias a su habilidad, sino a pesar de su incapacidad. Respecto a las metas militares de la Primera Cruzada –acabar con la presión de los turcos contra Constantinopla y conquistar Tierra Santa–, reconoce que se consiguieron en buena medida, pero concluye que *“estos fines fueron logrados de la manera más costosa, mediante los métodos más sangrientos y con el máxi-*

5. *The Art of war in the Middle Ages, a.d. 378-1515*. Revised and edited by John H. Beeler, Cornell University Press, Nueva York, 1953 –publicada originalmente en 1885–, pp. 57-58.

mo coste de vida y materiales”. Y por si todavía quedara alguna duda añade, al referirse a las difíciles circunstancias que tuvieron que sufrir a lo largo de su viaje:

“La mayoría de los problemas fueron creados por ellos mismos y tuvieron como causas sus descuidos, presunción, improvisación y soberbia. Incluso cuando estaban en el buen camino, eran capaces de extraviarse por su vanidad ciega o su carencia de disciplina”⁶.

Como decíamos, estas ideas de Oman tuvieron un enorme peso en la historiografía, que durante décadas repitió los mismos tópicos en torno a los comportamientos irracionales o estúpidos de los guerreros y comandantes medievales. Algunos especialistas llegaban a reconocer que quizás aquí o allá se podía encontrar algún atisbo de inteligencia, de planificación o de prudencia en los dirigentes militares de la Edad Media, pero todo ello no dejaba de ser una excepción en un mar de disparates. Así lo creía un autor cuyas ideas sobre estrategia militar estaban llamadas a tener una gran influencia en el pensamiento militar británico de la primera mitad del siglo XX, Basil H. Liddle Hart, cuando consideraba que

“en el Occidente europeo, el espíritu bélico de la caballería feudal se mostró durante toda la Edad Media rebelde a toda teoría del arte de la guerra, aunque la obscuridad de su estúpido desarrollo se ilumine a veces con algunos fulgores brillantes”⁷.

La raíz de todo ello la encontraban estos autores en el colapso que sufrió el sistema militar romano como consecuencia de las invasiones germánicas, que vino a suponer un cambio radical en la consideración del mando, de la actitud y del comportamiento de los comandantes y de los guerreros: el orden, la disciplina, el adiestramiento colectivo, la planificación y los principios tácticos y estratégicos fueron sustituidos por valores mucho más primarios, como la fuerza bruta, la habilidad en el combate individual y el uso de las armas, el coraje ciego... Hans Delbrück, por ejemplo, uno de los historiadores de la guerra con mayor repercusión en el ámbito alemán y anglosajón durante las primeras décadas del siglo XX, sostenía al respecto que

“la decisión en las batallas medievales no llegaba, como en el caso de las legiones romanas, por el estricto mantenimiento de las formaciones, las maniobras inteligentes y la fuerza de unidades disciplinadas y tácticamente entrenadas, sino por la habilidad personal y el coraje de los individuos”.

No puede extrañar que, al reflexionar sobre la estrategia de los ejércitos medievales, concluyera que *“las técnicas y con ellas el arte de las tácticas y estrategia no*

6. Todas las citas precedentes referidas a la Primera Cruzada en Charles OMAN, *A history of the Art of War in the Middle Ages*, Methued, Londres, 1978 –originalmente editada en 1898–, vol. I, pp. 231-235.

7. B.H. LIDDELL HART, *La estrategia de aproximación indirecta. Las guerras decisivas de la Historia*, Iberia-Joaquín Gil, Barcelona, 1946 –primera edición de 1929–, p. 97.

tenían [en la Edad Media] una sustancia real”, de ahí la importancia trascendental que atribuía a la personalidad de los líderes en la resolución de los conflictos⁸.

En fin, por no alargar este listado de testimonios, baste recordar que el coronel Fuller, otro bien conocido historiador militar de la primera mitad del siglo XX cuyos ecos todavía resuenan en la historiografía porque algunas de sus obras aún son objeto de reediciones en colecciones especializadas, sostenía, en la misma línea, que en Occidente, “*al desaparecer la organización militar, el valor en su forma más primitiva poseyó al soldado*”, mientras que por el contrario en Oriente una organización militar mejorada apelaba a la inteligencia⁹.

Por mucho que estas formas de interpretar los comportamientos bélicos medievales estén muy superadas, al menos en el ámbito de la producción medievalista, este tipo de consideraciones todavía tienen hueco en la historiografía de la segunda mitad del siglo XX, de modo que la ruda imagen del guerrero o del dirigente que antepone la fuerza y el valor a la inteligencia aún resulta relativamente frecuente. Cuando un gran medievalista, como Georges Duby, afirma de Guillermo el Mariscal que ascendió socialmente “*gracias a este gran cuerpo infatigable, poderoso, hábil en los ejercicios de caballería, gracias a ese cerebro aparentemente demasiado pequeño como para estorbar con razonamientos superfluos el desarrollo natural de su vigor físico: pocos pensamientos, y cortos, un testarudo apego, en fuerza limitada, a la muy zafia ética de las gentes de guerra cuyos valores se resumen en tres palabras: proeza, largueza y lealtad*”¹⁰, o cuando un reconocido historiador de la guerra, Archer Jones, sostiene que los comandantes medievales, al tomar parte personalmente en los combates, no solo mostraban que tenían corazones de roble, sino que además actuaban como si sus cabezas –sus cerebros– también fueran de madera¹¹, no hacen sino realimentar los viejos tópicos decimonónicos, los mismos que llevaban a un conocido especialista en la historia del Derecho a escribir a finales del siglo XX que “*la batalla muchas veces carecía de estrategia, salvo la de matar los más enemigos posibles*”¹².

8. Hans DELBRÜCK, *History of the art of war within the framework of political history*, vol. III: *Medieval Warfare*, Greenwood Press, Lincoln-Londres, 1982 –publicada entre 1900 y 1936–, pp. 233 y 328.

9. J.F.C. FULLER, *Armament and History. A Study of the Influence of Armament on History from the Dawn of Classical Warfare to the Second World War*, Eyre and Spottis Woode, Londres, 1946, p. 60.

10. Georges DUBY, *Guillermo el Mariscal*, Alianza, Madrid, 1985, p. 170.

11. Archer JONES, *The Art of War in the Western World*, Oxford University Press, New York-Oxford, 1987, p. 121.

12. Fernando de ARVIZU, “La caballería como clase social y como forma de vida”, en *Estudios sobre ejército, política y derecho en España (siglos XII-XX)*, coordinado por Javier Alvarado Planas y Regina M^a Pérez Marcos, Polifemo, Madrid, 1996, p. 19.

2.2. La superioridad de la caballería pesada

El segundo rasgo que viene a caracterizar al paradigma bélico creado por la historiografía decimonónica es la absoluta superioridad de la caballería pesada, la consecuente irrelevancia de la infantería y, por supuesto, la incapacidad para combinar ambas armas. El asunto podría resumirse con la famosa consideración expresada por Lynn White a propósito de las consecuencias de la invención del estribo:

*“El Hombre a caballo, tal como lo hemos conocido durante el milenio pasado, fue posible gracias al estribo, que unió al hombre y a su cabalgadura en un solo organismo combatiente. La Antigüedad imaginó el Centauro; la temprana Edad Media lo convirtió en el amo de Europa”*¹³.

Por supuesto, los especialistas nunca dejaron de consignar la presencia en los combates de otros actores que no luchaban a caballo y ninguno de ellos puso en duda que jinetes y peones, caballería e infantería, constituían las dos armas básicas de cualquier hueste medieval. El problema radica en la importancia y el papel que los estudiosos del siglo XIX y buena parte del XX quisieron adjudicar a cada una de estas ramas: por decirlo con pocas palabras, básicamente lo que vino a ocurrir es que, en este paradigma bélico, la imagen del caballero pesadamente equipado llenaba completamente el escenario de los conflictos armados, hasta el punto de que llegó a sintetizar, en sí misma, la naturaleza de la guerra y de los ejércitos medievales, al menos durante buena parte del período.

Ello era consecuencia de la absoluta superioridad táctica que atribuían a la caballería pesada frente a cualquier otro tipo de brazo o de arma, tal como la caballería ligera o la infantería. Para Hans Delbrück, por ejemplo, la caballería pesada –feudal– llegó a constituir una rama del combate realmente única en comparación con lo que había sido en el ejército griego o romano, o con lo que llegaría a ser la caballería moderna, puesto que ninguna de las demás armas existentes en el mismo período –jinetes ligeros, caballería pesada desmontada y arqueros– podía aisladamente enfrentarse a ella con éxito: la decisión en el campo de batalla dependía, a juicio de este autor, solo de su actuación, de ahí que el caballero se convirtiera en el armazón del ejército medieval, en tanto que el resto de las armas no habrían sido sino meras fuerzas auxiliares¹⁴.

De nuevo la opinión de Charles Oman, cuya influencia en el terreno de la historiografía especializada ya hemos señalado, puede servirnos para resumir este segundo rasgo de lo que hemos denominado el “paradigma bélico decimonónico” de la guerra medieval. No en balde fue el primero en considerar que el período histórico comprendido entre mediados del siglo XI y las primeras déca-

13. Lynn WHITE, *Tecnología medieval y cambio social*, Paidós, Barcelona, 1990, p. 54 [La primera edición es de Oxford, 1962].

14. Hans DELBRÜCK, *History of the art of war*, p. 265-266.

das del XIV fue la época de la “supremacía de la caballería feudal”, identificándose a esta última con el concepto de caballería pesadamente armada. Sus palabras no pueden ser más elocuentes:

“entre el último combate de la infantería anglodanesa [en Hastings, 1066] y el ascenso de los piqueros y arqueros del siglo XIV se extiende el período de la supremacía del caballero feudal enmallado... la infantería fue en los siglos XII y XIII absolutamente insignificante: los peones acompañaban al ejército con el propósito de desarrollar deberes poco importantes en el campo o para prestar asistencia en alguno de los innumerables cercos del período. Ocasionalmente ellos eran empleados como tropas ligeras, para abrir las batallas con demostraciones inefectivas”¹⁵.

Ajustándose a estas ideas, la imagen convencional de la guerra medieval durante este período presenta a las batallas, al menos las que tuvieron lugar con anterioridad al siglo XIV, como una sucesión de cargas de la caballería pesada. Tales combates habrían respondido principalmente a un único modelo táctico: el formado por dos o tres líneas de caballeros –*acies*– que, organizadas en pequeñas formaciones de 10 o más hombres –denominadas *conrois*–, chocaban frontalmente contra otras formaciones. Esta táctica trataría de aprovechar el ímpetu de la carrera del caballo y la solidez del conjunto formado por la montura, el jinete enmallado –apoyado en los estribos y sujetado por una silla alta– y la larga lanza fuertemente asida bajo su brazo –*lance couché*–, a fin de destrozarse las filas enemigas. Se ha llegado a considerar que la inmensa potencia de choque de una formación de caballeros acorazados era capaz de superar la resistencia de cualquier otro cuerpo armado y que el efecto visual de la carga sería tan terrorífico que difícilmente un enemigo tenía la prestancia suficiente como para esperar el impacto, a no ser, claro, que dicho enemigo también presentara una formación táctica similar¹⁶.

2.3. La centralidad de la batalla campal

Estas últimas consideraciones nos colocan ante la tercera característica básica que define, en este paradigma que estamos comentando, el perfil de los comportamientos bélicos de los hombres de la Edad Media: la centralidad de la batalla campal en los usos militares de la época. Como hemos tenido ocasión de exponer en otro lugar¹⁷, la historiografía que creó este primer paradigma

15. Charles OMAN, *The Art of war in the Middle Ages*, pp. 57 y 63.

16. Sobre el papel predominante de la caballería pesada y su característica forma de actuación en los campos de batalla del Occidente medieval, baste recordar la gran obra de J.F. VERBRUGGEN, *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages. From the Eight Century to 1340*, North Holland Publishing Company, Amsterdam-Nueva York-Oxford, 1977 [existe una 2ª edición inglesa revisada, Woodbridge, 1997. La primera edición en holandés es de 1954]. Su más reciente defensa de sus puntos de vista sobre el predominio de la caballería pesada en “The Role of the Cavalry in Medieval Warfare”, *Journal of Medieval Military History*, III (2005), pp. 46-71 [la versión original del artículo se remonta a 1994].

17. Francisco GARCÍA FITZ, *Las Navas de Tolosa*, Ariel, Barcelona, 2005, pp. 15-21.

no ignoraba que, en el panorama bélico medieval, las batallas campales eran sucesos muy poco frecuentes y que, por el contrario, las campañas se desarrollaban habitualmente a base de incursiones devastadoras, cabalgadas de diverso radio y de asedios de castillos y ciudades amuralladas. En palabras de Charles Oman, que de nuevo puede servir como ejemplo de este modelo historiográfico, “*muchos años de hostilidad producían solo unas cuantas escaramuzas parciales; comparadas con las campañas modernas, los combates generales eran increíblemente pocos. Federico el Grande o Napoleón I lucharon en más batallas en un año que un comandante medieval en diez*”¹⁸.

Sin embargo, puestos a analizar la forma de los combates, el único escenario en el que encontraban algún elemento digno de interés era en la batalla. A este respecto, cabría recordar, con Philippe Contamine, que muchos de estos autores eran militares profesionales interesados en buscar en el estudio de las guerras del pasado enseñanzas útiles para la formación que se impartía en las academias militares¹⁹: dada la experiencia personal de aquellos autores y el tipo de guerra característico del Occidente europeo en el siglo XIX y primera mitad del XX, fuertemente marcado por las grandes batallas, se entiende que sólo en los choques frontales en campo abierto, en sus planteamientos tácticos y en sus carencias encontrarán algún tipo de lección, aunque solo fuera porque iluminaban sobre las actitudes y comportamientos que todo buen oficial debía evitar. Por su parte, los historiadores académicos que no se ajustaban al perfil biográfico de los estudiosos militares, tampoco dudaron en seguir sus planteamientos.

En consecuencia, “el paradigma bélico” resultante quedaba en estas obras completamente deformado, puesto que precisamente aquellas operaciones y formas de actuación más comunes en el panorama militar permanecían en la penumbra, reducidas a la mera constatación de su existencia, tratadas de manera superficial –al menos en comparación con la que dedicaban a las batallas– o despectiva. En el peor de los casos, simplemente desaparecían de los libros de historia militar medieval.

Los ejemplos que podríamos traer a colación para ilustrar esta actitud historiográfica son muy numerosos, pero creemos que, por su relación directa con el tema que nos ha reunido –*el tiempo de Las Navas de Tolosa*–, bastaría recordar el punto de vista de algunos de aquellos especialistas. Por ejemplo, el de Ferdinand Lot, un historiador francés de la primera mitad del siglo XX cuya obra sobre “*el arte militar y los ejércitos en la Edad Media en Europa y el Próximo Oriente*” es bien conocida y que tuvo el acierto de tomar en consideración la realidad bélica hispánica, algo muy poco frecuente en la historiografía europea –en la de aque-

18. *The Art of War*, p. 62.

19. Philippe CONTAMINE, *La guerra en la Edad Media*, Labor, Barcelona, 1984, p. 264.

lla época y en la actual-. Sus estudios sobre el ámbito peninsular le llevaron a comprender y subrayar la importancia de la cabalgada estacional –la *algarada*–, entre las prácticas militares ibéricas, pero no las convirtió en objeto de su atención y a veces sus comentarios revelan con claridad sus prejuicios sobre “*l’art militaire*” de la época: por ejemplo, al referirse a la implantación almohade en la Península y a su lucha contra almorávides y cristianos, indicaba que “*entrar en el detalle de estas luchas sería aburrido y la historia del arte militar obtendría de ello sin duda poca cosa*”, lo cual no es ajeno a la ausencia de grandes batallas durante aquel proceso histórico. Pero quizás nada más indicativo para ilustrar la perspectiva historiográfica dominante en la primera mitad del siglo XX sobre estas cuestiones que la frase lapidaria con la que resume la anexión por Castilla del valle del Guadalquivir y con la que al mismo tiempo justifica la escasa atención que le dedica: “*La conquête de l’Andalousie fut une guerre de sièges et non de batailles. C’est pourquoi elle ne nous retiendra pas*”. En consecuencia, frente a las apenas dos páginas que le dedica a estas cuestiones, encontramos otras treinta en las que detalla las principales batallas, esto es, Zalaca, Uclés, Alarcos y, especialmente, Las Navas de Tolosa²⁰.

En 1956, en la introducción de su magistral obra sobre *Las grandes batallas de la reconquista*, Ambrosio Huici Miranda proporcionó una de las claves de esta postura historiográfica, al menos por lo que respecta al tratamiento del “hecho militar” en el mundo ibérico medieval: reconoce que durante la reconquista hubo sucesos bélicos “*quizás más decisivos*”, pero sostiene que son los grandes choques campales los que proporcionan los hitos que señalizan el perfil de los acontecimientos y el balance de fuerzas en la Península. Además, dado que en torno a las batallas se multiplican los testimonios que permiten un estudio más detallado, considera que queda justificado que su estudio se centre en ellas²¹.

Seguramente John Beeler no conoció la obra de Huici –al menos no la cita en su bibliografía–, pero su presentación de las formas de hacer la guerra en la “*España cristiana*” se ajusta al modelo que ya hemos comentado: alude en apenas un párrafo a las constantes cabalgadas que caracterizaban a la guerra en la frontera, a la importancia de la movilidad de la caballería ligera, de la forma de montar a la jineta y de las tácticas basadas en el ataque rápido (“*hit-and-run tacticts of frontier warfare*”); también redacta dos párrafos resaltando la trascendencia de la guerra de asedios y de bloqueos de grandes ciudades, indicando algunos de los más signi-

20. Ferdinand LOT, *L’art militaire et les armées au Moyen Age en Europe et dans le Proche Orient*, 2 tomos, Payot, París, 1946, tomo II, pp. 261-297 [las citas textuales en pp. 271 y 294].

21. Ambrosio HUICI MIRANDA, *Las grandes batallas de la reconquista durante la invasiones africanas*, Universidad de Granada, Granada, 2000, p. 9 [la primera edición en Madrid, 1956].

ficativos... y, en contraste, dedica diez páginas completas a detallar lo ocurrido en las batallas de Sagrajas y Las Navas²².

Como resultado de todo lo que hemos indicado hasta ahora, según estas propuestas de interpretación el modelo de actuación militar de los guerreros medievales parece reducirse a un combate ajeno a principios organizativos básicos, a veces bastante estúpido, entre caballeros pesadamente armados y en el marco de una batalla campal.

3. EL PARADIGMA BÉLICO MEDIEVAL SEGÚN LA HISTORIOGRAFÍA RECIENTE

Este paradigma bélico medieval, creado por la historiografía decimonónica y vigente en los círculos académicos hasta mediados del siglo XX, comenzó a cambiar en la década de los años cincuenta del siglo XX, a raíz sobre todo del trabajo de R.C. Smail sobre la guerra en las campañas cruzadas de finales del siglo XI y del XII²³. La profunda revisión historiográfica que se ha producido en el ámbito de la historia militar medieval durante toda la segunda mitad del siglo XX ha permitido crear un nuevo paradigma que viene a ser el reverso del que acabamos de comentar. De hecho, creemos que frente a los tres rasgos básicos que caracterizaban a este, pueden presentarse otros tres claramente opuestos.

3.1. Estrategia y táctica en los usos bélicos medievales: la “estrategia vegeciana”

En primer lugar, frente a la idea de la inexistencia de estrategia y de táctica en la guerra medieval, y en contra de la imagen de unos comandantes arrogantes o estúpidos y unos guerreros descerebrados, el nuevo paradigma sostiene que las nociones de tácticas y de estrategia no solo son perfectamente aplicables al comportamiento de los combatientes medievales, sino que además sin ellas la guerra medieval simplemente no puede entenderse.

Por resumirlo con palabras que hemos publicado en otro lugar, los dirigentes medievales “emplearon y distribuyeron conscientemente todos los medios diplomáticos y militares –con su consiguiente trasfondo de recursos económicos, financieros, humanos, institucionales e ideológicos– que tuvieron a su disposición para imponer su autoridad a sus adversarios y para conseguir un objetivo político”, y “además, supieron dominar los problemas que planteaba ese duelo dialéctico de voluntades enfrentadas. Y a esto, desde hace más de medio siglo, se le llama Estrategia”. Por otra parte, también se ha podido demostrar ampliamente que “valores militares como la disciplina, el respeto a la jerarquía de mandos, la prudencia, la reflexiva evaluación de las fuerzas y

22. John BEELER, *Warfare in Feudal Europe, 730-1200*, Cornell University Press, Ithaca & Londres, 1971, pp. 171-184.

23. R.C. SMAIL, *Crusading Warfare (1097-1193)*, Cambridge University Press, Cambridge-London-New York-Melbourne, 1956.

de las posiciones, el orden, la organización, la previsión, el aprovechamiento del terreno, la división de las huestes en cuerpos o la coordinación de sus movimientos en el campo, todos ellos elementos esenciales para enfrentarse a un enemigo con ciertas garantías cuando éste estaba a la vista, fueron apreciados y puestos en práctica por los dirigentes militares. Y a esto, desde hace más de dos siglos, se le llama *Táctica*”²⁴.

Ciertamente la historiografía tradicional, como hemos tenido ocasión de comentar en anteriores párrafos, se había centrado especialmente sobre los movimientos tácticos de los ejércitos medievales en el marco de las batallas campales, pero básicamente había encontrado en ellas la imprevisión, desorganización, indisciplina y falta de liderazgo que cualquier comandante debía evitar. Por lo que respecta a la estrategia, tampoco erraron al identificar las formas características de plantear las campañas de los guerreros medievales, pero en vez de ver en ellas una manera específica de planificación de la guerra que se adaptaba de manera natural –y muchas veces eficientemente– a los medios disponibles, se limitaron a interpretarlas en términos de incompetencia militar. Baste recordar, si no, que Charles Oman ya había puesto acertadamente de manifiesto tanto los rasgos básicos de la guerra medieval como las razones bélicas que los explicaban: durante aquellos siglos, indicaba este autor, hubo una neta superioridad de las técnicas de fortificación sobre las de ataque y expugnación, especialmente después de que se extendiera el uso de la piedra en las edificaciones defensivas y antes de que se introdujera la artillería de pólvora en los usos militares. Ante la seguridad que les proporcionaban los recintos fortificados, las poblaciones agredidas preferían encerrarse en vez de arriesgar su suerte en una batalla en campo abierto, en la certeza o con la esperanza de que los enemigos carecían de los recursos organizativos, económicos y logísticos necesarios para sostener la presión durante mucho tiempo. Como resultado de ello las campañas tendían a convertirse en incursiones de saqueo que prescindían de tomar los puntos fuertes o en largos bloqueos de alguno de ellos²⁵.

Sin embargo, a pesar de lo acertado del diagnóstico de Oman, ya conocemos su opinión sobre la inexistencia de pensamiento estratégico durante la Edad Media, aspecto éste que se esforzó en demostrar al analizar “*the grand strategy of the crusades*”, un capítulo que parece más dedicado a exponer la ignorancia, la

24. Francisco GARCÍA FITZ, *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1998, pp. 405-406. Por supuesto, la vigencia de unos planteamientos estratégicos y de unas actuaciones tácticas que se guiaban por principios de racionalidad y de eficacia militar no excluye ni ignora la existencia de comportamientos marcados por la temeridad, la bravura, el individualismo, el acicate del honor o el coraje ciego, todo ellos ligados a los valores caballerescos, que muchas veces conducen al desastre o a la indisciplina, Claude GAIER, “Témérité et Bravade Chevaleresque: une Composante Tactique Embarrassante”, *Revista de História das Ideias*, 30 (2009), pp. 119-136.

25. *A history of the Art of War*, vol. II, pp. 52-54.

torpeza, la incompetencia, la indisciplina y la estupidez de los líderes cruzados, que a explicar su forma y sus criterios de actuación, como tuvimos ocasión de ejemplificar en anteriores párrafos²⁶.

Como en otras cuestiones ya señaladas, también en esto su influencia sobre la historiografía militar de la primera mitad del siglo XX es notable, de modo que hay que esperar hasta los años cincuenta para encontrar valoraciones más ajustadas en torno a las estrategias de los ejércitos medievales. Quizás sea la pionera obra de Verbruggen, publicada originalmente en 1954, la primera en la que se dedica un apartado específico al estudio de las cuestiones estratégicas –todo un capítulo completo titulado precisamente “*Strategy*”–, ofreciendo un panorama bastante amplio de las mismas y desarrollando las conclusiones que ya habían sido esbozadas por Oman: la debilidad numérica de los ejércitos y las dificultades para su reemplazo –es decir, sus limitaciones organizativas, financieras y logísticas– explican el comportamiento estratégico predominante, basado en la elusión de los combates en campo abierto, la preferencia por la utilización de maniobras indirectas y la prioritaria búsqueda de protección tras las murallas. Con todo, el grueso de la obra seguía centrada en la batalla campal²⁷.

El giro definitivo se produciría dos años después, cuando R. C. Smail publicara un libro en el que ya se prestaba atención prioritaria a la estrategia empleada por los cruzados en Tierra Santa y no a las tácticas de batalla en campo abierto. Smail era consciente de las limitaciones de los estudios que le habían precedido: se habían centrado casi exclusivamente en las tácticas empleadas en las batallas campales, lo que convertía el análisis de la guerra en una mera sucesión de choques frontales que ignoraba cualquier otro acontecimiento militar por importante y trascendente que fuera, simplemente porque supuestamente no aportaban nada al estudio de las tácticas. Por ello su propuesta es mucho más amplia y parte de la idea de que la batalla era solo uno –no siempre el más decisivo y muchas veces evitado–, de los medios de que disponía un comandante para alcanzar los fines de la guerra, de modo que el estudio de la historia militar de los cruzados exigía no solo abarcar todas aquellas otras operaciones –lo que incluía las campañas sin batalla y el papel de las fortificaciones–, sino también las condiciones, influencias y realidades organizativas y bélicas que explican el comportamiento estratégico²⁸.

Una década más tarde, al analizar el “*arte militar*” en el principado de Lieja y el condado de Looz, Claude Gaier se atrevía expresamente a conceptualizar estas formas de actuación entendiéndolas como una auténtica estrategia a la

26. *Ibidem*, vol. I, pp. 235-269.

27. J.F. VERBRUGGEN, *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages*, pp. 249-300.

28. R.C., SMAIL, *Crusading Warfare (1097-1193)*, *passim*, aunque el capítulo I resulta de especial valor para entender sus puntos de vista sobre estas cuestiones.

que otorgó en calificativo de “*obsidional*”, estrategia que habría caracterizado a las forma de hacer la guerra en la Edad Media: “*ante todo pillajes, a menudo cercos, a veces batallas*”²⁹.

Tales puntos de vista en torno a la existencia de un pensamiento y una actuación estratégica durante el período medieval han sido ampliamente corroborados por la historiografía posterior: a título de ejemplo, baste recordar cómo una de las más ambiciosas síntesis sobre la guerra medieval publicada a mediados de los años noventa –los dos volúmenes del *Medieval Warfare Source Book* de David Nicolle–, dedica un apartado específico al estudio de la estrategia y de las tácticas de cada uno de los períodos y entidades históricas que analiza, tanto occidentales como orientales, abarcando sistemáticamente cuestiones tales como “la gran estrategia”, los tipos de tropas, las tácticas de batalla, los estilos de combate y la fortificación de los campamentos³⁰.

Es necesario indicar que recientemente los especialistas han puesto el énfasis sobre el hecho de que estas nociones estratégicas aplicadas durante toda la Edad Media respondían al modelo teórico esbozado por Vegecio en el siglo IV de nuestra era. Aunque pueda señalarse algún precedente, creemos que fue

29. Claude GAIER, *Art et organisation militaires dans la principauté de Liège et dans le comté de Loos au Moyen Age*, Académie Royale de Belgique, Bruxelles, 1968, pp. 79 y 216.

30. David NICOLLE, *Medieval Warfare Source Book. Volume I: Warfare in Western Christendom*, Arms and Armour Press, Londres, 1995 y *Medieval Warfare Source Book. Volume II: Christian Europe and its Neighbours*, Arms and Armour Press, Londres, 1996. No hace falta decir que son muchas las obras de síntesis sobre guerra medieval publicadas en las últimas tres o cuatro décadas que han interpretado la manera de combatir de los hombres de la Edad Media a la luz del concepto “estrategia”, aceptando, pues, la idea que los planteamientos y las acciones de los guerreros y comandantes medievales respondían a una cierta manera de concebir la guerra y no al mero impulso del instinto combativo. Véase, como simple testimonio de lo indicado, Philippe CONTAMINE, *La guerra en la Edad Media*, pp. 274-285; John FRANCE, *Western Warfare in the age of the crusades, 1000-1300*, Routledge, London and New York, 1999, *passim*; Helen NICHOLSON, *Medieval Warfare*, Palgrave Macmillan, Basingstoke-Nueva York, 2004, *passim*. El fenómeno es similar en las obras que han abordado escenarios bélicos más específicos, tales como el inglés, el portugués, el castellano o el cruzado, por citar solo algunos casos. Véase, a este respecto, Michael PRESTWICH, *Armies and Warfare in the Middle Ages. The English Experience*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1996, pp. 185-218; Clifford J. ROGERS, “The offensive/defensive in Medieval Strategy,” *From Crecy to Mohacs; Warfare in the Late Middle Ages (1346-1526)*. *Acta of the 22nd Congress of the International Commission for Military History*, Heeresgeschichtliches Museum, Viena, 1997, pp. 158-171; João Gouveia MONTEIRO, *A guerra em Portugal nos finais da idade média*, Notícias Editorial, Lisboa, 1998, pp. 206-212; José Matoso (Coord.), Mário Jorge BARROCA, Luís Miguel DUARTE Y João Gouveia MONTEIRO (autores), *Nova História Militar de Portugal*, Circulo Leitores, Rio do Mouro, 2003, vol. I, pp. 216-244; Miguel Gomes MARTINS, *De Ourique a Aljubarrota. A guerra na idade média*, A Esfera dos Livros, Lisboa, 2011, pp. 32-36; Francisco GARCÍA FITZ, *Castilla y León frente al Islam*, *passim*; Miguel Ángel LADERO QUESADA (Coord.), *Historia Militar de España*, vol. II, Ed. Laberinto, Madrid, 2010; Christofer MARSHALL, *Warfare in the Latin East, 1192-1291*, CUP, Cambridge, 1992, *passim*; John FRANCE, *Victory in the East. A military history of the First Crusade*, CUP, Cambridge, 1994, *passim*.

John Gillingham el primer especialista que, en dos antológicos artículos sobre Guillermo I y sobre Ricardo Corazón de León, subrayó las estrechas conexiones existentes entre los consejos militares ofrecidos por Vegetio y la práctica militar característica de la Edad Media, hasta el punto de afirmar, como conclusión al análisis de la forma de combatir del rey Ricardo, que “*la realidad medieval de la guerra era bastante parecida a la teoría medieval de la guerra tal como fue resumida por Vegetio*”³¹.

El debate desarrollado durante la última década entre diversos especialistas, sobre el que volveremos con detalle más adelante, ha terminado por consagrar el concepto de “estrategia vegeciana” –o alguna variante, como “*The Vegetian «Science of Warfare»*” o “*Vegetian Warfare*”–, para referirse a la forma característica de plantear y de hacer la guerra en la Edad Media o, si se quiere, al paradigma bélico dominante en el Occidente medieval³².

Desde luego, basta con acercarse a la obra del autor tardorromano para comprobar que sus propuestas están en las antípodas de un comportamiento alocado e irreflexivo y que tanto la planificación estratégica de las campañas como la preparación y el adiestramiento en los movimientos tácticos están en el centro de sus preocupaciones, y basta igualmente con seguir el impacto de sus ideas en los tratadistas y comandantes medievales para constatar su influencia a lo largo de toda la Edad Media³³.

31. John GILLINGHAM, “William the Bastard at War”, *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare*, ed. Matthew Strickland, Boydell, Woodbridge, 1992, pp. 143-160 y “Richard I and the Science of War in the Middle Ages”, *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare*, ed. Matthew Strickland, Boydell, Woodbridge, 1992, pp. 194-207 [originalmente publicados en 1989 y 1984. La cita textual en p. 207 del segundo de los artículos mencionados].

32. A este propósito véase Clifford J. ROGERS, “The Vegetian «Science of Warfare» in the Middle Ages”, *Journal of Medieval Military History*, I (2002), pp. 1-19; Stephe MORILLO, “Battle Seeking: The Contexts and Limits of Vegetian Strategy”, *Journal of Medieval Military History*, I (2002), pp. 21-41; John GILLINGHAM, “Up with Orthodoxy! : In Defense of Vegetian Warfare”, *Journal of Medieval Military History*, 2 (2004), pp. 149-158; João Gouveia MONTEIRO, “Estratégia e risco em Aljubarrota: a decisão de dar batalha à luz do “paradigma Gillingham”, *A Guerra e a Sociedade na Idade Média. VI Jornadas Luso-Espanholas de Estudos Medievais*, Sociedade Portuguesa de Estudos Medievais-Sociedad Española de Estudios Medievales, Campo Militar de S. Jorge (CIBA)-Porto de Mós-Alcobaça-Batalha, 2009, vol. I, pp. 75-107.

33. Remitimos para ello a la reciente edición latina y traducción al portugués de la obra de Vegetio, que se ha publicado con un magnífico estudio introductorio a cargo de João Gouveia Monteiro en el que precisamente se da cumplida cuenta de la amplia difusión e influencia del tratadista romano a lo largo de toda la Edad Media [VEGECIO, *Compêndio da Arte Militar*, Imprensa da Universidade de Coimbra, Coimbra, 2009]. Sobre la influencia de Vegetio sobre la práctica bélica medieval véase también João Gouveia MONTEIRO, “Vegécio e a prática militar medieval: influência real e condicionalismos”, en João Gouveia MONTEIRO, *Entre Romanos, Cruzados e Ordens Militares. Ensaios de História Militar Antiga e Medieval*, Comissão Portuguesa de História Militar, Coimbra, 2010, pp. 97-134.

3.2. La relativización del papel de la caballería pesada

El segundo rasgo de este nuevo paradigma de interpretación de la realidad bélica medieval, representado por la historiografía más reciente, viene a poner de manifiesto que, frente a la imagen de absoluto predominio de una caballería feudal, cuya carga no encontraría rival en los campos de batalla, existieron y se valoraron no solo otras formas de actuación puestas en práctica por la propia caballería, sino también las acciones de otros cuerpos cuya importancia militar se ha reconsiderado y rescatado del olvido³⁴.

A este respecto, nos gustaría llamar la atención sobre algunos aspectos tácticos relevantes. Decía Anna Comneno, a propósito de la potencia de choque de la caballería de los cruzados, que “*un celta [un caballero franco] a caballo es imposible de resistir en su ataque y capaz de horadar una muralla babilónica*”³⁵. Sirva la opinión de la princesa bizantina para ilustrar un modelo de interpretación que acabó convirtiendo a la caballería acorazada y a su carga en un verdadero mito no siempre coincidente con la realidad de la guerra ni de las batallas. Después de todo, como ha recordado Bennett, un caballo no es un tanque, sino un animal “de carne y sangre” incapaz de aplastar a un cuerpo bien formado de peones³⁶.

Los especialistas han subrayado que la carga de la caballería pesada no fue nunca el único movimiento desplegado por los jinetes feudales –entre otras razones por los inconvenientes y la dificultad de su ejecución³⁷–, siendo muy frecuente que realizaran otros desarrollos tácticos más propios de la caballería ligera o, incluso, de la infantería pesada que de la caballería acorazada. Por centrarnos únicamente en el período histórico que la historiografía tradicional consideraba como la época de predominio absoluto de la caballería pesada en los campos de batalla, que por otra parte es la época de Las Navas de Tolosa³⁸, ca-

34. A pesar del desprecio generalmente mostrado por la historiografía decimonónica hacia el papel de los contingentes de peones, debemos reseñar la notable excepción de Henry Delpech, que dedicó un amplio bloque de su obra –*La tactique au XIII^{me} siècle*, tomo I, Alphonse Picard, París, 1886, pp. 269-393– a analizar las formaciones de combate características de estas fuerzas. Tampoco Verbruggen se olvidó de señalar la aportación bélica de la infantería, *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages*, pp. 99-183.

35. ANA COMNENO: *La Alexiada*, trad. Emilio Díaz Rolando, Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla, 1989, Lib. XIII, VIII, 3, p. 525.

36. Sobre el mito de la superioridad de la caballería véase Matthew BENNETT, “The Myth of Military Supremacy of Knightly Cavalry”, en John France (ed.), *Medieval Warfare 1000-1300*, Ashgate, Aldershot, 2006, pp. 171-183. Véase también John FRANCE, *Western Warfare in the age of the crusades*, pp. 157-186; Matthew BENNETT, “The Medieval Warhorse Reconsidered”, en *Medieval Knighthood V: Papers from the Sixth Strawberry Hill Conference*, 1994, Boydell, Woodbridge, 1995, pp. 19-39.

37. John FRANCE, “A Changing Balance: Cavalry and Infantry, 1000-1300”, *Revista de História das Ideias*, 30 (2009), pp. 158-163.

38. Los historiadores siempre han reconocido que desde principios del siglo XIV en adelante las fuerzas de infantería jugaron un papel cada vez más relevante en los campos de batalla. Al respecto

bría recordar que el triunfo de los jinetes normandos sobre la infantería anglosajona en Hastings vino en parte determinado por la exitosa puesta en práctica de una retirada fingida, un movimiento que, en todo caso, es característico de la caballería ligera y contrasta con el tópico comportamiento que se le atribuye a los combatientes montados acorazados³⁹.

Igualmente, es necesario tener en cuenta que en ningún momento resultó raro que una fuerza de caballería pesadamente armada desmontase para luchar a pie formando un dibujo táctico –una formación cerrada– propio de la infantería pesada: por no alejarnos del anterior contexto –recuérdese que la caballería normada ha sido presentada en muchas ocasiones como un verdadero modelo de actuación militar de los jinetes acorazados–, baste indicar que los especialistas han llamado la atención sobre el hecho de que en algunas de las más importantes batallas libradas por jinetes normandos durante las primeras décadas del siglo XII –así en Tinchebrai (1106), Brémule (1119), Bourghéroulde (1124), Standart (1138) y Lincoln (1141)– la elite de la caballería desmontó y luchó a pie, formando una línea de infantería bien armada y cohesionada, que combatió frecuentemente en combinación con una fuerza de arqueros y una reserva de caballeros⁴⁰.

Precisamente esta última constatación viene a demostrar también que las cargas de caballería difícilmente tenían éxito si no venían precedidas por la actuación de arqueros o ballesteros, es decir, de fuerzas de infantería que castigasen, desconcertasen, desgastasen o, si era posible, rompiesen las formaciones enemigas mediante el lanzamiento masivo de flechas. En consecuencia, los choques frontales en campo abierto rara vez se resolvían exclusivamente con una sucesión de cargas: “*cavalry, no matter how well-equipped or motivated, [ha llegado a indicar Bennett] could make no impression upon foot soldiers who kept their formation*”⁴¹. De nuevo la batalla de Hastings puede servir de modelo de esta forma común de actuación, pero pueden encontrarse ejemplos tanto en Europa pa como en el ámbito cruzado oriental, donde la combinación de caballería e

baste recordar la monografía de Kelly DEVRIES, *Infantry Warfare in the early Fourteenth Century*, Woodbridge, Boydell, 1996. Nuestras consideraciones se refieren siempre al período anterior.

39. El movimiento de la retirada fingida realizado por los normandos en Hastings con el fin de provocar en sus enemigos anglosajones una alocada persecución que deshiciera su hasta entonces infranqueable muralla de peones con escudos, ha sido resaltado en los numerosos análisis que existen sobre la batalla, pero una reflexión monográfica sobre el mismo la proporciona Bernard BACHRACH, “The Feigned Retreat at Hastings”, en Stephen MORILLO (ed.), *The Battle of Hastings*, Woodbridge, Boydell, 1996, pp. 189-193.

40. Jim BRADBURY, “Battles in England and Normandy, 1066-1154”, *Anglo-Norman Studies*, VI (1984), pp. 1-12; Stephen MORILLO, *Warfare under the Anglo-Norman Kings. 1066-1135*, Woodbridge, Boydell, 1996, pp. 150-174.

41. Matthew BENNETT, “The Myth of Military Supremacy of Knightly Cavalry”, p. 178.

infantería llegó a convertirse en tópico habitualmente resaltado por la historiografía⁴².

A ello habría que sumar, por supuesto, la importancia que tradicionalmente se le ha reconocido a la infantería y a su estrecha colaboración con la caballería en determinados contextos específicos, como los urbanos de Flandes y del norte de Italia, así como la aportación de contingentes de mercenarios –estos utilizados en casi todos los ejércitos europeos de la Plena Edad Media– que habitualmente luchaban a pie. En estos casos los peones no solo daban seguridad y protección a los caballeros hasta el momento en que estos podían entrar en liza –en este caso mediante formaciones cerradas de lanceros o piqueros protegidos por escudos–, sino que también pasaban eficazmente a la ofensiva, a veces incluso de manera autónoma y sin concurrir junto a la caballería, empleando armas cortas propias del combate cuerpo a cuerpo fundamentalmente contra otros peones, aunque también se constatan casos de lucha de peones contra caballeros⁴³. En fin, como ya demostró Delpech, algunos de estos modelos de actuación, tales como el despliegue de fuerzas de infantería que actuaban como formaciones defensivas y compactas, organizadas en círculo o en línea, habitualmente en combinación con la caballería y con arqueros o ballesteros, fueron relativamente corrientes tanto en los campos de batalla de Occidente como en los de Oriente⁴⁴.

Quizás sería matizable la rotunda conclusión de que “*la caballería nunca fue militarmente superior a la infantería, ni siquiera en la Edad Media cuando esto hubiera sido posible*”⁴⁵, pero hay que reconocer que el nuevo paradigma ha modificado

42. Sobre el papel de los arqueros en Hastings, baste remitir a la colección de estudios sobre la batalla publicado en Stephen MORILLO (ed.), *The Battle of Hastings*, Boydell, Woodbridge, 1996. Sobre la combinación de formaciones de caballeros y peones en el ámbito cruzado, véase R.C. SMAIL, *Crusading Warfare*, pp. 156-189. Una sintética, pero didáctica presentación del papel de la infantería a lo largo de toda la Edad Media en Matthew BENNETT, Jim BRADBURY, Kelly DEVRIES, Iain DICKIE y Phyllis G. JUSTICE, *Técnicas bélicas del mundo medieval. 500a.C-1500 d.C. Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*, Libsa, Madrid, 2007, pp. 7-65.

43. J.F. VERBRUGGEN, J.F., *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages*, pp. 125-137; Claude GAIER, *Art et organization militaires dans la principauté de Liège et dans le comté de Looz au Moyen Âge*, 144-175; Aldo A. SETTIA, “Fanti e cavalieri in Lombardia (secoli XI-XII)”, *Comuni in guerra. Armie ed eserciti nell'Italia delle città*, ed. Clueb, Bolonia, 1993, pp. 93-114. Para los peones mercenarios de la Plena Edad Media véase J.F. VERBRUGGEN, *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages*, pp. 117-125; John FRANCE, *Western Warfare in the age of the crusades*, pp. 70-75; Michael MALLET, “Mercenarios”, en Maurice Keen (ed.), *Historia de la guerra en la Edad Media*, Antonio Machado Libros, Madrid, 2005, pp. 274-276.

44. Henry DELPECH, *La tactique au XIII^{me} siècle*, pp. 277-283.

45. Esta era la opinión de Bryce Lyon, fuertemente contestada por J.F. VERBRUGGEN, “The Role of the Cavalry in Medieval Warfare”, *Journal of Medieval Military History*, III (2005), pp. 46-71. La conclusión de Lyon en pp. 47-48. Sobre esta discusión véase Bernard BACHRACH, “Verbruggen’s ‘Cavalry’ and the Lyon-Thesis”, *Journal of Medieval Military History*, IV (2004), pp. 137-163. Una

mucho la imagen de la forma de actuación de la caballería y la importancia de la infantería: respecto a esta última, tal como han hecho notar John France, Bernard Bachrach o Andrew Ayton, entre otros, su irrelevancia puede estar motivada más por la propaganda, los prejuicios y distorsiones de unos cronistas, de unos poetas o de unos artistas que dirigían sus obras a un público caballeresco, que a la ausencia o inoperancia de los peones en el campo de batalla⁴⁶.

Por lo demás, y adelantando algunas de las consideraciones que detallaremos a continuación, debe tenerse en cuenta que la batalla campal era un acontecimiento poco frecuente en los usos militares de la época y en las biografías de los guerreros, de modo que era mucho más habitual que el caballero desplegara sus habilidades militares en el marco de una cabalgada o de un asedio que en el de una batalla en campo abierto⁴⁷.

Por supuesto esto no cuestiona el liderazgo bélico de la caballería pesada cuando la consideramos como grupo social, pero sí su predominio táctico en la guerra cuando la consideramos técnicamente, esto es, cuando hablamos de la caballería como arma de combate. Después de todo, como ha recordado Morillo, los caballeros dominaron la guerra durante los siglos centrales de la Edad Media porque dominaron todos los aspectos de la sociedad, y lo hicieron porque se convirtieron en una elite de guerreros bien entrenados y bien armados, pero no porque luchasen a caballo, puesto que de hecho no siempre lo hacían: “*they dominated battlefields whether they fought on horseback or on foot*”⁴⁸.

3.3. El lugar de la batalla campal en los usos estratégicos medievales: el debate en torno al “paradigma Gillingham”

En tercer lugar, y esto resulta especialmente relevante en la configuración de lo que hemos llamado el nuevo paradigma bélico medieval surgido a mediados del siglo XX, la guerra medieval ya no se identifica con la batalla campal. En esto lo que cambia respecto al paradigma decimonónico no es la consideración de que la batalla resultaba un hecho raro y extraordinario en los usos de los guerreros medievales –recuérdese que esto también lo constataron los historia-

evaluación equilibrada sobre el papel de la caballería en los campos de batalla medievales en João Gouveia MONTEIRO, “A arte militar na Europa dos séculos XI-XIII - Un *Vade Mecum*”, *Revista de História das Ideias*, 32 (2011), pp. 7-49.

46. John FRANCE, *Victory in the East*, pp. 35-36; Bernard BACHRACH, “Verbruggen’s “Cavalry” and the Lyon-Thesis”, pp. 139-141; Andrew AYTON, “Armas, armaduras y caballos”, en Maurice Keen (ed.), *Historia de la guerra en la Edad Media*, pp. 239-243.

47. Francisco GARCÍA FITZ, *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*, Arco Libros, Madrid, 1998, pp. 33-34.

48. Stephen MORILLO, “The ‘Age of Cavalry’ Revisited”, en D.J. Kagay y L.J. Andrew Villalon (eds.), *The Circle of War in the Middle Ages*, Boydell, Woodbridge, 1999, pp. 45-59; John FRANCE, “A Changing Balance: Cavalry and Infantry, 1000-1300”, pp. 155-156.

dores del siglo XIX y de la primera mitad del XX-, sino el hecho de que ahora los especialistas son consecuentes con esta realidad y también estudian aquellas prácticas bélicas que eran más frecuentes, de tal manera que las batallas aparecen enmarcadas en contextos más amplios en los que se considera el complejo panorama de la actividad militar de una forma más equilibrada.

A este respecto, quizás convenga recordar brevemente algunos de los rasgos característicos de la guerra medieval para encajar adecuadamente en ellos el lugar de las batallas campales. Como es bien conocido, las limitaciones organizativas, logísticas y financieras a las que tenía que hacer frente cualquier ejército en el curso de una campaña, que hacían difícil el desarrollo de campañas muy prolongadas en el tiempo, unidas a las de la tecnología bélica disponible –al menos hasta que la introducción de la artillería de pólvora cambió el panorama–, otorgaban una evidente superioridad militar a cualquiera que pudiera refugiarse en un recinto fortificado mínimamente acondicionado, abastecido y bien situado. La constatación de esta realidad es una de las razones que explica una proliferación de puntos fuertes que permitía a cualquier población agredida renunciar a la confrontación en campo abierto y defenderse de una manera eficaz y no necesariamente costosa en términos militares. Es a este comportamiento al que Claude Gaier denominó *estrategia obsidional*.

Así planteada, la guerra –al menos todos aquellos conflictos en los que una de las partes aspiraba a hacerse con el control efectivo del territorio enemigo y de los hombres que lo habitaban– se convertía en una lucha por el dominio del espacio que acababa girando en torno a la posesión de las fortificaciones, en la que los objetivos últimos –la anexión de los puntos fuertes– se alcanzaban no solo mediante campañas de asedio o de bloqueo de los núcleos fortificados, sino también con la puesta en práctica de todas aquellas operaciones previas que desgastasen su capacidad de resistencia –cabalgadas, incursiones, etc.–.

En un contexto militar como el descrito, con aquellos objetivos y aquellas fórmulas para alcanzarlos, se entiende que la prioridad militar y estratégica rara vez pasara por la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo en campo abierto: lo fundamental era, para unos, defenderse adecuadamente y resistir detrás de las murallas hasta conseguir la retirada del adversario y, para otros, debilitar a sus enemigos y conquistar los puntos fuertes. Lo relevante, desde el punto de vista que aquí interesa destacar, es que para alcanzar estos objetivos no siempre era necesario buscar una batalla, de ahí su rareza en comparación con las mucho más frecuentes cabalgadas y cercos⁴⁹.

49. De forma sintética, hemos tenido ocasión de desarrollar estas consideraciones en Francisco GARCÍA FITZ, “La batalla en la Edad Media. Algunas reflexiones”, *Revista de Historia Militar*, 100 (2006), pp. 93-108.

Por supuesto, quienes tenían la responsabilidad de tomar la decisión de buscar o de aceptar una batalla podían verse animados a ello por las extraordinarias posibilidades que podrían derivarse de un éxito en campo abierto: se podía acabar con un enemigo de forma rápida; en unas horas podían quedar resueltos conflictos que, de otra manera, hubieran durado meses o años; el paso de dominios unas manos a otras o el avance territorial podía llegar a ser colosal y casi inmediato. Sin duda, estas consideraciones eran las que les motivaban para desear y buscar la batalla, pero hay que tener en cuenta que nada de eso estaba garantizado ni siquiera en caso de éxito: la experiencia demostraba que una victoria en campo abierto ciertamente podía suponer ganancias considerables para el vencedor⁵⁰, pero también había ejemplos en los que un triunfo contundente en el campo de batalla no implicaba ni el fin de un adversario ni una conquista relevante, de modo que las ganancias derivadas de ellas se podrían haber obtenido por otros medios sin asumir los peligros implícitos en el choque campal. Y es que la batalla era una opción que siempre conllevaba enormes riesgos personales y a veces podía llegar a tener consecuencias políticas irreversibles y de muy largo alcance, no solo por el número de bajas, heridos o cautivos que pudiera conllevar, sino también porque la suerte de una dinastía, de un reino o de todo un sistema social quedaba al albur de un resultado que nunca estaba asegurado de antemano.

Ya Vegetio había advertido sobre estas dos caras de la batalla: ciertamente sobre su resultado podía asentarse la plenitud de una victoria –“*in eventu aperti Martis victoriae plenitudo consistit*”–, pero también podía ser un día fatal para naciones y pueblos –“*ad fatalem diem nationibus ac populis*”–. Hacer una equilibrada evaluación de posibilidades, poniendo en un brazo de la balanza las potenciales ganancias derivadas de un éxito y en el otro la magnitud del drama que se podía llegar a desencadenar y padecer en caso de derrota, debía de ser un ejercicio realmente complicado y siempre arriesgado, porque a la postre lo que definía a la batalla era lo incierto de su desarrollo, de su conclusión y de sus consecuencias: “*publici conflictus incertum*”, la había llamado el tratadista romano⁵¹.

Así pues, el problema para la búsqueda o la aceptación de una batalla campal, radicaba en la incertidumbre que rodeaba a su resultado o, como la llamó Jiménez de Rada, en “*la dudosa suerte del combate*”⁵². Por supuesto, si la superior-

50. Las reflexiones y ejemplos aportados por C. Rogers a este respecto merecen ser tenidos en consideración, Clifford J. ROGERS, “The Vegetian «Science of Warfare» in the Middle Ages”, pp. 9-12.

51. “*ad publici conflictus incertum et ad fatalem diem nationibus ac populis ratio disciplinae militaris invitatur. Nam in eventu aperti Martis uictoriae plenitudo consistit*”, VEGECIO, *Compêndio da Arte Militar*, Lib. III, cap. XI.

52. A propósito de los deseos de Alfonso VIII de buscar un enfrentamiento directo con los almohades mientras estos cercaban Salvatierra en 1211, el arzobispo indica que el rey “*uellet dubie sorti belli se comitere*”, aunque, a instancias del infante Fernando finalmente “*mandauit in sequentem*

ridad numérica, posicional o moral era manifiesta, si objetivamente la situación era muy favorable o si, por el contrario, simplemente no quedaba mejor opción, los comandantes arriesgaban su destino en una batalla. En caso contrario, y dado que los objetivos militares podían alcanzarse mediante operaciones menos arriesgadas, la batalla se soslayaba, no se buscaba o directamente se evitaba... aunque siempre existía la posibilidad o el infortunio de encontrar lo que no se buscaba o de chocar de frente con lo que quería evitarse. De cualquier manera, la victoria nunca estaba asegurada y sus ganancias, en caso de que la operación terminara con éxito, tampoco: los riesgos y peligros en la batalla eran ciertos, el triunfo y su recompensa eran dudosos. No parece que estos cálculos sean ajenos a la infrecuencia de las batallas.

Además, al contrario de lo que ocurría con los cercos o las cabalgadas, una batalla solo podía librarse si ambas partes estaban dispuestas a aceptar el riesgo y esta aceptación dependía a su vez del cálculo de posibilidades que cada uno realizara. En consecuencia, por mucho que quien se sintiera en superioridad de condiciones buscara activamente la batalla, difícilmente podría lanzarla si su adversario, al considerarse en inferioridad, la evitaba, a no ser, como antes hemos apuntado, que este último no tuviera otra salida. Otra razón, pues, para explicar la rareza de este tipo de operaciones.

En la última década, los especialistas se han acostumbrado a designar a este modelo de comportamiento bélico como “*el paradigma Gillingham*” o “*el paradigma Smail*”, en honor de estos grandes historiadores de la guerra medieval, un paradigma que se ha convertido en la interpretación dominante, ortodoxa, en la historiografía especializada de la segunda mitad del siglo XX⁵³.

Sin embargo en la última década algunas facetas de este paradigma han empezado a ser cuestionadas o, cuanto menos, matizadas. En 2002, el primer número del *Journal of Medieval Military History* publicaba un artículo de Clifford J. Rogers sobre “*la ciencia de la guerra*” en Vegecio durante la Edad Media, en la

annum belli dubia prorogari”. En ambas frases las expresiones “*dubie sorti belli*” y “*dubie belli*” han sido traducidas como “*la dudosa suerte del combate*” y “*el riesgo del combate*”, Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de Rebus Hispanie sive Historia Gothica*, ed. Juan Fernández Valverde, Brepols, Turnholt, 1987, Lib. VII, cap. XXXV, p. 257. La traducción, a cargo de Juan Fernández Valverde, en *Historia de los hechos de España*, Alianza, Madrid, 1989, Lib. VII, cap. XXXV, p. 305.

53. La denominación de “*paradigma Gillingham*” para referirse a la interpretación dominante sobre el papel de las batallas campales en la historiografía especializada de las últimas décadas fue propuesta inicialmente por Clifford J. Rogers y ha sido asumida con posterioridad por otros autores, como Andrew Villalon y João Gouveia Monteiro. Sobre esta cuestión, además de los trabajos de Rogers y de Monteiro ya citados en la nota 32, véase Andrew VILLALON, “Battle-Seeking, Battle-Avoiding, or Perhaps Just Battle-Willing? Applying the ‘Gillingham Paradigm’ to Enrique II of Castile”, *Journal of Medieval Military History*, VIII (2010), pp. 131-154. No obstante, el propio Gillingham prefiere la noción de “*paradigma Smail*”, John GILLINGHAM, “Up with Orthodoxy!”, p. 153.

que mostraba sus dudas sobre algunas de las afirmaciones sostenidas en los últimos lustros por la “ortodoxia” historiográfica. En este mismo número y en los siguientes, así como en otras publicaciones recientes, se ha ido desarrollando un debate en torno al paradigma dominante en el que han participado diversos historiadores, como Stephen Morillo, Andrew Villalon, Gouveia Monteiro y el propio Gillingham, como ya hemos tenido ocasión de mencionar⁵⁴.

En realidad, a nuestro juicio, la revisión propuesta por Rogers, Villalon y Monteiro no afecta a todo el paradigma Smail-Gillingham, sino únicamente a una faceta del mismo: básicamente lo que se cuestiona es la actitud que, según este modelo de interpretación –el que arranca de la obra de Smail–, habrían tenido los comandantes medievales ante la batalla, esto es, su interés supuestamente prioritario por evitarla. De lo que se duda, en fin, es de que, en palabras de Philippe Contamine, uno de los principios “*predominantes en la estrategia medieval*” fuese “*el temor a la batalla formal, al enfrentamiento en campo abierto*”⁵⁵.

Antes al contrario, lo que viene a afirmarse ahora es que realmente buscar la batalla y desear que un conflicto se resolviese en un choque campal formaba parte de los usos militares comunes de los comandantes militares: la certeza de que una victoria podía tener enormes repercusiones político-militares y podía llegar a ser decisiva para alcanzar los objetivos estratégicos propuestos, era precisamente lo que los animaba a buscarla y a disputarla si las condiciones eran las adecuadas. Especialmente esto era cierto para quienes lideraban una operación ofensiva, interesados en alcanzar el éxito de la manera más rápida y contundente posible –hasta Vegetio había observado que en caso de que las condiciones fueran propicias había que provocar la batalla a la mayor celeridad (Lib. III, 9)–, mientras que quienes adoptaban una actitud defensiva estaban, generalmente, mucho menos dispuestos a afrontar una batalla campal, si bien bajo determinadas circunstancias para estos la batalla también era una opción aceptable⁵⁶.

Si había pocas batallas, observan los críticos de la actual ortodoxia, no era porque los comandantes prefiriesen evitar los gravísimos riesgos implícitos en este tipo de combate, sino por el hecho de que, como ya apuntamos anteriormente, para que el choque tuviera lugar era necesario que las dos partes lo aceptasen: en la medida en que para hacerlo –para aceptar la batalla– ambas partes procuraban estar en condiciones tácticas, físicas o anímicas ventajosas, se entiende que la confrontación campal rara vez ocurriese, puesto que pocas veces las dos partes consideraban al mismo tiempo que su situación era más

54. *Vid. supra* notas 32 y 53.

55. *La guerra en la Edad Media*, p. 274.

56. Clifford J. ROGERS, “The Vegetian «Science of Warfare» in the Middle Ages”, pp. 15-18.

favorable que la de su contrincante⁵⁷. La frustración de Pedro III de Aragón durante la última fase de la Guerra de los Dos Pedros, empeñado en lanzar una batalla contra Pedro I de Castilla, que sistemáticamente esquivó esta posibilidad, podría ser un buen ejemplo de lo que decimos⁵⁸.

El debate ha venido bien para matizar o modificar algún aspecto importante del paradigma historiográfico moderno sobre la guerra medieval: consideramos que el deseo o la búsqueda de la batalla debe reintegrarse entre los comportamientos bélicos comunes y que determinados comandantes –caso de Enrique II de Castilla estudiado por Villalon– fueron más “buscadores” que “evasores” de batalla. Pero también creemos que esto no cuestiona muchos de los aspectos de fondo de la propuesta Smail-Gillingham tales como consideración de que la guerra medieval era fundamentalmente una lucha por el control del espacio, la centralidad estratégica de la guerra guerreada y de los cercos en los usos militares de la época, la evidente rareza de la batalla, cuyo carácter inusual y extraordinario no ha sido cuestionado: sobre esto último, basta con repasar las biografías de los grandes comandantes o el desarrollo de largas campañas, como propone Gillingham, para comprobar que las grandes batallas apenas representan unos cuantos hitos dentro del incesante entramado de la guerra⁵⁹.

Por otra parte, dado que la forma habitual de la guerra, especialmente de aquella organizada para conquistar o para defender un territorio, se presentaba como una sucesión de cabalgadas, incursiones devastadoras, asedios y bloqueos de lugares fortificados, no puede extrañar que cuando dos fuerzas armadas llegaban finalmente a enfrentarse en una batalla campal normalmente esta tuviese lugar en el transcurso de una de aquellas operaciones, ya fuera porque una guarnición decidiese abandonar la seguridad de las murallas para enfrentarse a los asediados o porque un ejército de socorro se acercara para ayudar a los asediados –ambas situaciones posibles en el contexto de un cerco–, ya porque una de las partes se aprestase a atajar una incursión antes incluso de que los enemigos llegasen a entrar en profundidad en sus tierras o porque, si la incur-

57. *Ibidem*, pp. 13-15. Ni “buscar la batalla” ni “desear la batalla”, indica Villalon a este respecto, conducen necesariamente a la batalla, puesto que para que ocurra no sólo tiene que ser deseada por ambas partes, sino que también ambas partes tienen que considerar que sus condiciones son aptas para la batalla, lo cual, admite este especialista, es poco probable, Andrew VILLALON, “Battle-Seeking, Battle-Avoiding, or Perhaps Just Battle-Willing?”, p. 153.

58. Donald J. KAGAY, “Battle-Seeking Commanders in the Later Middle Ages: Phases of Generalship in the War of the Two Pedros”, *The Hundred Year War*, vol. III, Brill [en prensa]. Debo agradecerle a Don Kagay que me haya facilitado el texto de su trabajo antes de ser publicado.

59. John GILLINGHAM, “Up with Orthodoxy!”, p. 150.

sión ya se había materializado, decidiese ponerle fin para evitar más destrozos en su tierra o para recuperar el botín⁶⁰.

Como puede deducirse de lo que hemos comentado, en ninguno de los modelos descritos el enfrentamiento directo y abierto entre dos ejércitos para acabar con el potencial militar del enemigo se planteaba inicialmente como un objetivo estratégico y prioritario: en general, cuando finalmente una batalla tenía lugar en el marco de un asedio podía formar parte de la estrategia de unos para alcanzar una conquista o de la de otros para evitar la pérdida de una plaza, de modo que para todos lo fundamental seguía siendo la aprehensión o el mantenimiento del espacio controlado. En tal supuesto la batalla y la destrucción de la fuerza del adversario en una colisión en campo abierto solo era un medio para conseguirlo o una posibilidad táctica, no un fin en sí mismo ni un objetivo previamente planificado. Cuando el choque se desarrollaba en el transcurso de una incursión, lo normal es que una de las dos partes se planteara prioritariamente recuperar el botín, castigar a los agresores o defenderse y evitar una invasión, mientras que la otra aspirara a continuar o finalizar la campaña con la mayor cantidad posible de beneficios, de modo que también ahora encarar abiertamente al adversario podía ser una opción, incluso deseada por las partes –como ha demostrado Villalon⁶¹– o, llegado el caso, una necesidad, pero no se presentaba necesariamente como una meta planificada o mejor dicho, como “la” meta de la campaña.

En conclusión, la batalla podía llegar a ser un instrumento útil para alcanzar un objetivo estratégico –ampliar o mantener el espacio dominado, detener o proseguir una incursión–, pero rara vez el choque frontal en campo abierto entre dos ejércitos se concebía en sí mismo como un objetivo estratégico, fruto de una decisión expresa y previamente planificada con el objetivo de aniquilar a las fuerzas armadas del enemigo o de quebrar su potencial militar. Cuanto menos, conviene precisarlo, este es el escenario que encontramos en el conflicto entre cristianos y musulmanes en la Península Ibérica.

4. LA BATALLA DE LAS NAVAS EN EL MARCO DEL PARADIGMA BÉLICO MEDIEVAL

A tenor de todo lo indicado cabe preguntarse, haciendo nuestro el planteamiento de João Gouveia Monteiro sobre Aljubarrota, hasta qué punto, a la luz del debate historiográfico desarrollado en torno a las propuestas de Gillingham, la batalla de Las Navas encaja en este paradigma de comportamiento bélico.

60. John FRANCE, *Western Warfare in the age of the crusades*, pp. 150-155. En particular para el ámbito castellano-leonés véase Francisco GARCÍA FITZ, “La batalla en la Edad Media. Algunas reflexiones”, pp. 100-104.

61. Andrew VILLALON, “Battle-Seeking, Battle-Avoiding, or Perhaps Just Battle-Willing?”, *passim*.

Ya tuvimos ocasión de señalar, al comienzo de este trabajo, que autores como Lucas de Tuy o como los compiladores de la *Crónica de España* alfonsí consideraron a lo ocurrido en el campo de batalla de Las Navas como algo insólito y sin precedentes, y ya apuntábamos entonces que quizás a ello no fuera ajeno no solo la excepcionalidad del choque dentro del contexto militar de la época, sino también la singularidad de algunos de los planteamientos que propusieron y aplicaron determinados protagonistas de la batalla.

Hay que reconocer, no obstante, que hasta cierto punto los movimientos que observamos en algunos contendientes se ajustan a lo que podría considerarse como el comportamiento habitual y ortodoxo de un dirigente ante la perspectiva de una batalla campal y, en consecuencia, a los rasgos que definen al último de los paradigmas bélicos que hemos glosado. Cuanto menos la actitud de una de las partes, la almohade, parece atenerse al modelo estratégico vegeciano que, como se recordará, proponía evitar la batalla y buscar alternativas para derrotar a los enemigos sin tener necesariamente que afrontar el riesgo de la colisión frontal.

Por supuesto, no podemos ignorar que existe un buen número de indicios que ponen de manifiesto que, en contra de los axiomas que definen la estrategia vegeciana y el *paradigma Gillingham*, las intenciones del califa, desde antes de que se iniciara la campaña que culminaría en Las Navas, no habían sido otras que buscar un enfrentamiento directo y en campo abierto con las tropas cristianas. Así se desprende de todos aquellos testimonios, magistralmente estudiados por Martín Alvira Cabrer, que hacen referencia al desafío lanzado por el Miramamolín contra toda la Cristiandad a fin de resolver el conflicto en una batalla campal. Sin embargo, son muchas las dudas que existen sobre el origen y la verosimilitud de dicho reto, y de hecho no sabemos si llegó a lanzarlo –ya fuera con una intención preventiva o con un ánimo propagandístico para amedrentar al contrario y reforzar la moral de los suyos–, si se trató únicamente de un rumor muy difundido, y mucho menos si el califa realmente llegó a plantearse la posibilidad de destruir el culto cristiano mediante una batalla campal contra todos los adoradores de la Cruz, como diría el propio Alfonso VIII un año después de la batalla⁶².

En todo caso, si alguna vez aquella había sido su verdadera intención –cosa que, conviene insistir, realmente no sabemos–, lo cierto es desde que comenzó la campaña, o al menos desde que los cruzados se acercaron a Calatrava, todos los movimientos del ejército musulmán estuvieron destinados no a buscar una

62. Martín ALVIRA CABRER, “El desafío del Miramamolín antes de la batalla de Las Navas de Tolosa (1212). Fuentes, datación y posibles orígenes”, *Al-Qantara*, XVIII (1997), pp. 463-490. Recientemente este mismo autor ha completado sus consideraciones en *Las Navas de Tolosa, 1212. Idea, liturgia y memoria de la batalla*, Sílex, Madrid, 2012, pp. 111-119.

batalla, sino por el contrario a evitarla o a retrasarla hasta que las fuerzas enemigas comenzaran a desorganizarse.

Aunque no conocemos detalladamente los pasos dados por el ejército musulmán ni tampoco tenemos una constancia expresa de sus intenciones, lo cierto es que todas las decisiones del califa tomadas antes de la batalla y las consiguientes acciones de sus tropas, al menos tal como son narradas por los testimonios más cercanos y las fuentes mejor informadas, nos colocan frente a un dirigente que, de forma prudente y, podríamos decir, “vegeciana”, no estaba dispuesto a encarar una batalla campal a menos que las condiciones le fueran netamente favorables. De hecho, en todo momento el objetivo estratégico que los comandantes almohades se propusieron y persiguieron fue impedir la progresión del ejército cruzado por tierras islámicas, bloquear su internamiento en al-Andalus, provocar su retirada y, solo entonces, buscar el choque, de modo que la precaución, la cautela y la contención parecen dictar los comportamientos del ejército almohade.

Es verdad que nos podríamos plantear si esta forma de actuación no fue tanto consecuencia de un principio estratégico que descartaba la batalla campal como primera opción, cuanto la adaptación a unas circunstancias no del todo propicias para el choque frontal. Tal vez podría haber sido posible que el califa realmente deseara la batalla y habría estado dispuesto a buscarla –tal como se desprende del supuesto desafío– pero que determinados imponderables le obligaran a renunciar a este propósito. A este respecto, podría sospecharse que aun anhelando destruir a su enemigo en campo abierto, finalmente no fue en su búsqueda porque no tuvo tiempo material para hacerlo.

Un breve repaso a la cronología de los movimientos de ambas partes podría arrojar algo de luz sobre esta cuestión: por lo que sabemos, el ejército califal salió de Sevilla, donde se había acuartelado tras la campaña de Salvatierra (verano de 1211), en cuanto tuvo noticias de que Alfonso VIII estaba concentrando en Toledo un gran contingente para dirigirse hacia el sur. Según la crónica magrebí temporalmente más cercana a la batalla –el *Kitāb al-Mu`yib* de al-Marrākušī–, el contingente islámico se movilizó y se trasladó de Sevilla a Jaén a principios de junio de 1212⁶³. No es posible saber con certeza en qué momento las tropas musulmanas llegaron a esta última localidad y, por tanto, desconocemos si para el 20 de junio, cuando los cruzados salieron de Toledo, el ejército califal estaba en condiciones de ir a su encuentro, avanzar hacia el norte y atravesar Sierra Morena. Los plazos, hay que reconocerlo, son demasiado ajustados para que esta acción hubiera podido realizarse. No obstante, quizás lo hubiera podido

63. Abū Muhammad `Abd al-Wāhid AL-MARRĀKUŠĪ, *Kitāb al-Mu`yib fī Taljīs Ajbār al-Magrib*, traducción de Ambrosio Huici Miranda, Editora Marroquí, Tetuán, 1955, p. 266.

hacer a lo largo de las dos semanas siguientes, cuando los cristianos comenzaron a expugnar algunos de los castillos situados a lo largo de su camino –caso de Malagón, asaltado el 24 de junio, Calatrava, que se entregó el 1 de julio, Alarcos, Piedrabuena, Benavente y Caracuel, que se tomaron entre los días 5 y 6 de julio–. No cabe duda de que en estas fechas el contingente islámico había tomado posiciones al sur de Sierra Morena: antes del 3 de julio –pero no sabemos desde cuándo– ya estaba en Jaén, e inmediatamente después del 3 de julio, día en que se produjo la retirada de los ultramontanos, el grueso del contingente islámico se adelantó hasta Baeza y fuerzas de vanguardia se posicionaron en las cimas de Sierra Morena. La llegada de los cruzados a los pies de la sierra no tuvo lugar hasta el día 12, de modo que el califa, de haber querido salir al paso de sus enemigos para enfrentarse a ellos en batalla campal, habría tenido al menos una semana para hacerlo. Pero lo cierto es que no lo hizo y prefirió esperar⁶⁴.

Ciertamente las fechas, como dijimos, no le dejaron demasiado margen de maniobra, pero varios indicios permiten sospechar que la prudente actitud del califa no estuvo únicamente forzada por las circunstancias, sino que también respondía a un plan de actuación deliberado. Sabemos, por ejemplo, que el ejército musulmán se detuvo durante un tiempo en Jaén en vez de seguir el camino hacia el norte, como hubiera sido lógico si lo que se buscaba era el duelo campal. Al-Marrākušī atribuye esta demora a la necesidad de organizar las tropas, mientras que el propio califa, en la carta que dirigió a sus súbditos explicándoles lo ocurrido en la batalla, confirma que su ejército se mantuvo “*muchos días*” en las inmediaciones de Jaén “*esperando vadear el Guadalquivir, cuyo curso había crecido y se había desbordado por la izquierda y por la derecha*”. Según el califa, la campaña solo pudo continuar después de varias jornadas –no sabemos cuántas–, cuando el río decreció⁶⁵. No podemos pronunciarnos sobre la veracidad de estas informaciones, pero que la detención del contingente en Jaén fuera consecuencia de una crecida del Guadalquivir a finales de junio o principios de julio resulta, cuanto menos, sorprendente.

Por ello cabe pensar que tal vez hubiera otro tipo de razones para retrasar el avance, razones que responderían a una estrategia deliberada, netamente vegeciana, y no a un mero infortunio. Al menos eso es lo que afirma con toda

64. Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de Rebus Hispanie*, Lib. VIII, caps. V-VI. Para la reconstrucción de estos movimientos y de su cronología véase Ambrosio HUICI MIRANDA, *Estudio sobre la campaña de Las Navas de Tolosa*, Pamiela, Pamplona, 2011 [primera edición en Valencia, 1916], pp. 111-117; Carlos VARA THORBECK, *El Lunes de Las Navas*, Universidad de Jaén, 1999, pp. 273-301; M^a Dolores ROSADO LLAMAS y Manuel LÓPEZ PAYER, *La batalla de las Navas de Tolosa. Historia y Mito*, Diputación de Jaén, 2001, pp. 115-130.

65. Abū Muhammad `Abd al-Wāhid AL-MARRĀKUŠĪ, *Kitāb al-Mu`yib*, p. 266. La carta del califa en Ibn `Idārī AL-MARRĀKUŠĪ, *Al-Bayān al-mugrib fi ijtisār ajbār muluk al-Andalus wa al-Magrib*. Tomo I: *Los almohades*, trad. Ambrosio Huici Miranda, editora Marroquí, Tetuán, 1953, p. 272.

rotundidad alguien tan bien informado de los pormenores de la campaña como el arzobispo de Toledo. Según su testimonio, el califa al-Nāṣir

“había concentrado sus fuerzas en las montañas cercanas a Jaén y allí aguardaba al ejército cristiano. No tenía intención de combatir, ya que recelaba de los refuerzos extranjeros, sino de sorprenderlos a su vuelta, cuando quizás los cristianos, agotados por el esfuerzo, diezmados por las bajas, carecieran de recursos para hacerle frente”⁶⁶.

Para conseguir su propósito bastaba con dificultar y retrasar el avance de los cruzados, detenerlos si resultaba posible, en espera de que, una vez cansados y faltos de avituallamientos, comenzaran a disolverse o iniciaran la retirada, durante la cual los musulmanes podrían perseguir y atacar a un enemigo desmoralizado o frustrado por la falta de resultados, y seguramente asustado y desorganizado.

Muchas de las decisiones tomadas por el califa se entienden a la luz de estos planes. En primer lugar, antes del 27 de junio los defensores musulmanes de Calatrava sembraron de abrojos –unas piezas de hierro con varias puntas que se clavaban en los pies de los hombres y las pezuñas de los caballos– los vados del río Guadiana para entorpecer el avance de sus enemigos. Ciertamente estos superaron con éxito la dificultad y demostraron la fortaleza y efectividad de su empuje conquistando Calatrava, pero ya comenzaron a manifestarse algunos síntomas que el califa interpretó como pruebas de debilidad: en el ejército cristiano se hicieron patentes problemas de abastecimiento y, sobre todo, un nutrido grupo de cruzados, la mayoría de los ultramontanos, desertó y volvió sobre sus pasos. Fue entonces –poco después del 3 de julio– cuando el dirigente almohade mandó a algunos contingentes que se situasen en las cimas de Sierra Morena, con el doble objetivo, según Jiménez de Rada, de vigilar los movimientos de los cruzados, a fin de tener información en caso de que se produjese su retirada, y de impedir o dificultar la subida a Sierra Morena en caso de que decidieran seguir adelante, tal como de hecho ocurrió. También Alfonso VIII, en su informe de campaña enviado a Inocencio III, alude expresamente al objetivo de los musulmanes cuando tomaron los altos de la Sierra: *“uolentes nobis transitum impedire”*.

El intento de frenar el ascenso fracasó cuando los cristianos consiguieron desalojar a los musulmanes del castillo de Ferral, situado en la cima de la sierra, pero el califa todavía tenía la posibilidad de alcanzar sus objetivos si conseguía que los cruzados no pudieran descender de las alturas ni, consecuentemente, acercarse al campamento almohade, que estaba plantado a los pies de la sierra. Tal era su pretensión cuando ordenó controlar el llamado Paso de Losa: *“Sarcenis autem, [informa Alfonso VIII al papa] uidentes quod transitum illum occupare*

66. Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de Rebus Hispanie*, Lib. VIII, cap. VII.

non possent [la cima del monte], alium transitum qui erat in descensu montis, arctissimum et inuium occuparunt; talis quippe erat quod mille homines possent defendere omnibus hominibus qui sub celo sunt". Esto colocó a los cristianos en la disyuntiva de arriesgarse a una bajada peligrosísima o de iniciar la retirada, porque en aquellos puertos era imposible mantenerse por falta de agua. Como es bien conocido, la aparición del famoso pastor de Las Navas fue clave para que encontrasen un camino que les permitió colocarse, esta vez sin mayores dificultades, frente al campamento islámico⁶⁷.

La estrategia de contención del califa, destinada a evitar o, cuanto menos, a retrasar la batalla hasta adquirir la superioridad, había fracasado y se veía obligado a luchar en campo abierto, no porque lo hubiera deseado ni buscado, sino porque no tenía otra opción. Para los almohades, la batalla fue su último recurso para derrotar a un enemigo al que ya no podían evitar. No sabemos si el califa o sus consejeros militares conocían de primera mano los principios bélicos vegecianos, pero la lectura de algunos de ellos recuerda de manera tan cercana a los planteamientos que inspiraron los movimientos de los dirigentes almohades, que no resistimos la tentación de reproducirlos⁶⁸:

"Además hay que estudiar antes que nada si conviene diferir el momento final, o adelantar el combate, pues a veces el enemigo espera poder concluir rápidamente la expedición y si se alarga más de lo previsto, o le abate la penuria o bien la añoranza de los suyos le hace regresar a su patria, o bien, al no adelantar nada, se ve forzado a marcharse llevado de la desesperación. Entonces muchos, quebrantados por la fatiga y el cansancio, desertan; otros hacen traición, otros se pasan al enemigo, porque en las situaciones adversas la lealtad escasea, y empieza a quedarse solo el que había llegado con grandes efectivos" (Lib. III, cap. IX, p. 180 de la trad.).

"su falta [de provisiones] acaba con un ejército más a menudo que la batalla, y el hambre es más cruel que la espada... si se mantienen reunidos [una vez que su desabastecimiento es una realidad], pasarán hambre, y, en cambio, si se dispersan, serán vencidos con facilidad mediante continuos ataques" (Lib. III, cap. III, p. 166-168 de la trad.).

"una batalla campal se decide en un enfrentamiento de dos o tres horas, tras el que desaparecen todas las esperanzas para la parte que haya resultado vencida. Por lo tanto, antes de llegar a este riesgo extremo, debe pensarse en todas las posibilidades, intentarlo todo y realizar todo cuanto sea posible. Y, así, los buenos generales acometen la acción, no con un combate abierto en que el que todos se exponen al peligro, sino siempre mediante guerrillas, salvando de los suyos a todos cuantos sea posible, dando muerte a los enemigos o al menos aterrorizándolos" (Lib. III, cap. IX, pp. 179 de la trad.).

67. *Ibidem*, Lib. VII, caps. VI-VIII. La descripción que Rodrigo Jiménez de Rada ofrece sobre los planes del califa procede del conocimiento directo y personal de los hechos, pero también de las confesiones aportadas por algunos de los musulmanes apresados durante la batalla, véase cap. VII. La carta de Alfonso VIII al Papa en Julio GONZÁLEZ, *El reino de Castilla en tiempos de Alfonso VIII*, CSIC, Madrid, 1960, doc. 897 [la referencia textual en p. 569].

68. Citamos según la traducción al castellano de M^a Felisa BARRIO VEGA, *Edición crítica y traducción del «Epitoma Rei Militaris» de Vegetius. Libros III y IV, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos*, Universidad Complutense, Madrid, 1982.

“Y si [tras recabar información] encuentra que le aventaja en mucho [al enemigo], no retrasará entrar en combate, que le será favorable. Si, en cambio, ve que el enemigo es superior, evitará en enfrentamiento abierto; pues muchas veces los que eran pocos en número e inferiores en fuerzas, consiguieron la victoria con escaramuzas y emboscadas, si los mandaban buenos generales” (Lib, III, cap. IX, p. 181 de la trad.).

Valgan dos últimos axiomas como conclusión de los planteamientos del tratadista tardorromano sobre la batalla campal:

“Es mejor someter al enemigo con la escasez, con ataques por sorpresa o con el miedo, que en combate, pues en éste suele jugar un papel más importante la fortuna que el valor” (Lib. III, cap. XXVI, p. 203 de la trad.).

“Los buenos generales nunca entran en combate abierto, sino porque lo pida la ocasión o apremie la necesidad” (Lib. III, cap. XXVI, p. 205 de la trad.).

En fin, habrá que reconocer, a la vista del análisis del comportamiento de los líderes musulmanes, que su forma de actuación se ajustó estrictamente al modelo vegeciano y que encaja en el llamado *paradigma Gillingham*. Por el contrario, y marcando un agudo contraste con lo anterior, la actitud de Alfonso VIII y de quienes le apoyaron fue muy distinta, y lo fue porque, en contra de los preceptos vegecianos y en contra de los usos militares habituales en la época, la campaña que comenzó a proyectarse a finales de 1211 fue organizada, desde el primer momento, con el objetivo de librar una batalla campal.

Como hemos indicado en páginas anteriores, los especialistas que en los últimos años han sometido a revisión el *paradigma Gillingham* han señalado la necesidad de reincorporar el deseo y la búsqueda del choque frontal entre las formas ordinarias de hacer la guerra. Desde este punto de vista, nada extraordinario habría en el hecho de que, una vez puesta en marcha la campaña y a la luz del desarrollo de los acontecimientos, los dirigentes de la cruzada hispánica de 1212 mostrasen reiteradamente su voluntad de batirse en campo abierto con los musulmanes y que maniobrasen expresamente para conseguirlo.

Que, una vez sobre el terreno, este fue su deseo y que hicieron todo lo posible para alcanzarlo, está fuera de toda duda: después del 27 de junio, día en que habían llegado ante los muros de Calatrava, cuando tras varias jornadas de asedio comprobaron las dificultades de asaltar la fortaleza, “bastantes consideraban más provechoso marchar directamente a la batalla [*itinere ad bellum procedere*, en la expresión latina del arzobispo de Toledo, traducida por los compiladores alfonsíes como “*yr su carrera que auien començada pora la batalla*”] que demorarse en atacar castillos”, entendiéndose que entretenerse en esta empresa no haría sino desgastar las fuerzas y que, en todo caso, el destino de aquellos castillos quedarían al albur del resultado de la guerra [“*pendeat ex fine belli*”, escribe Jiménez de Rada, aunque Juan Fernández Valverde no duda en traducirlo directamente como “*a expensas del desenlace de la batalla*”]. No obstante,

al final triunfó la idea de mantener el cerco y, al menos, intentar su conquista antes de seguir adelante⁶⁹.

En aquellos momentos el enemigo todavía estaba demasiado lejos –en Jaén, a no menos de siete u ocho jornadas de marcha–, pero unos días más tarde, cuando llegaron a Salvatierra –el 8 de julio–, la situación había cambiado: el califa había adelantado su posición hasta Baeza, quizás para entonces incluso podía encontrarse ya al otro lado de los pasos de Sierra Morena, y su vanguardia ya controlaba su cima, lo que quiere decir que entre los dos ejércitos no había más de dos jornadas de distancia. Si en Calatrava se pudo resistir el impulso de ir directamente a buscar al enemigo, en Salvatierra su cercanía lo hizo irresistible: según Blanca de Castilla, frente a quienes opinaban que el ejército cruzado debía detenerse a asediar Salvatierra –entre ellos se encontraba el propio Alfonso VIII–, se impuso el criterio, defendido por el rey de Navarra y apoyado por el de Aragón y por el obispo de Narbona, Arnaldo Amalarico, a la sazón la cabeza visible de los ultramontanos, de atravesar el puerto, internarse en la sierra y buscar al Miramamolín hasta encontrarlo. El propio Alfonso VIII, en la carta que dirigió al Papa dándole cuenta de la batalla, ratifica que no atacaron Salvatierra “*porque el rey de los sarracenos estaba cerca de nosotros*”⁷⁰.

La voluntad de ir al encuentro no podía ser más clara y todavía volvería a mostrarse una vez más cuando, dificultada por el Paso de Losa la bajada desde la cumbre hasta el lugar donde se encontraba el campamento almohade, Alfonso VIII se negó a dar la vuelta y concluir la campaña, como algunos sostenían, o a retroceder y localizar un nuevo paso, en este caso por el riesgo de que lo suyos lo interpretaran como una retirada y se produjera una desbandada. A esas alturas, tal como las cosas habían evolucionado, buscar el choque masivo había dejado de ser una elección para convertirse en una necesidad: “*ad eos necesse ut eamus. Sicut autem fuerit uoluntas in celo, sic fiat*”, declaró solemnemente el rey de Castilla⁷¹.

En consecuencia, puede concluirse que, una vez puesto en marcha, el ejército cruzado buscó la batalla de manera decidida, evitando los retrasos en la medida de lo posible. Pero, como apuntábamos en anteriores párrafos, no siendo este un comportamiento cotidiano en los usos militares de la época, sin embar-

69. Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de Rebus Hispanie*, Lib. VIII, cap. VI, p. 265; Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de los hechos de España*, Lib. VIII, cap. VI, p. 314; *Primera Crónica General*, cap. 1015, p. 695.

70. La carta de Blanca de Castilla en Gaspar IBÁÑEZ DE SEGOVIA PERALTA Y MENDOZA, marqués de Mondéjar *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso el Noble, octavo de ese nombre*, Imprenta de D. Antonio de Sancha, Madrid, 1783, Apéndice XII, p. CV. La de Alfonso VIII en Julio GONZÁLEZ, *El reino de Castilla*, doc. 897 [la referencia textual en p. 569].

71. Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de Rebus Hispanie*, Lib. VIII, cap. VII, p. 268; *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, ed. Luis Charlo Brea, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1984, p. 30,

go no era del todo desconocido y los especialistas se han encargado de mostrar y analizar algunos ejemplos de “batallas buscadas”. Lo que resulta extraordinario en Las Navas, pues, no es que una de las partes buscara el choque frontal, sino que toda la campaña se proyectase, desde el primer momento, para alcanzar esta meta.

Unas décadas después de la batalla, al rememorar los antecedentes inmediatos de la batalla de Las Navas de Tolosa, Lucas de Tuy aludía a la repoblación de la villa de Moya, “*in confinio barbarorum*”, por parte de Alfonso VIII, y señalaba este hecho como la causa directa de la ruptura de la tregua hasta entonces existente entre almohades y castellanos, ruptura que provocaría la posterior campaña musulmana contra Salvatierra en 1211 y, como respuesta a esta, la cruzada de Las Navas en 1212. La repoblación de Moya tuvo lugar, pues, en 1210 y según el cronista leonés el ánimo del rey de Castilla al tomar esta iniciativa no era otro que “*tener ocasión de librar una batalla con los sarracenos, con los cuales en aquel momento estaba en paz*”. La expresión utilizada por Lucas de Tuy –“*gerendi prelium cum Sarracenis*”– no deja lugar a dudas: Alfonso VIII quiso romper la tregua y provocar la guerra contra los musulmanes, y ya entonces –en 1210– su plan no era otro que dirimir el conflicto mediante una batalla campal⁷².

Se podría argumentar que Lucas de Tuy interpretaba los hechos de 1210 a la luz de lo ocurrido en el verano de 1212, pero existen suficientes testimonios fiables para afirmar que, en efecto, esta última campaña fue organizada, desde el momento mismo en que fue concebida, con el objetivo de derrotar al ejército almohade en un choque en campo abierto. Así se lo indicó Alfonso VIII al papa Inocencio III a finales de 1211, cuando le informó de su proyecto de emprender una campaña contra los musulmanes en la siguiente primavera. No nos ha llegado el testimonio directo del rey de Castilla, pero sí el del pontífice quien, al dirigirse a los obispos franceses para que predicasen la cruzada en sus respectivas diócesis –un documento fechado el 31 de enero de 1212– aludía, sin ambigüedad alguna y recogiendo la voluntad que el rey le había expresado, a las intenciones de este de luchar contra sus enemigos en un batalla campal –“*campestri bello*”–. Esta era la única manera, a juicio del rey, de detener a los musulmanes, para lo cual había señalado a la octava de Pentecostés como momento del encuentro –“*campestre illis bellum indixit*”–, “*prefiriendo morir antes que ver que se hace daño al pueblo cristiano*”:

“*Attendens ergo prefatus rex [Alfonso VIII], [quod] nisi eis campestri bello fortiter resistatur, ipsi [los almohades] tum propter innumerabilem multitudinem personarum, tum propter irruptionem machinarum durissimam, universas munitiones sue possint nefande sublicere ditioni, campestre illis*

72. LUCAE TVDENSIS, *Chronicon Mundi*, Lib. IV, 87, p. 327.

*bellum indixit in octavis Penthecosten proximo adfuturis, eligens mori potius quam christiane gentis mala videre*⁷³.

Cuatro días después de que enviara este llamamiento a los obispos franceses y provenzales, el Papa le comunicaba al rey de Castilla que ya había cursado la petición de ayuda y, una vez más, se refería a la voluntad del monarca de librar una batalla campal contra los musulmanes en la próxima octava de Pentecostés: “*cum sarracenis in octavis Penthecosten proximo adfuturis campestre bellum indixeris*”⁷⁴.

Además, algún indicio permite sospechar que en el curso de la predicación de la cruzada los propagandistas hicieron expresa mención a la batalla como objetivo último de la campaña, razón por la cual aquellos que se adhirieron a la expedición conocían perfectamente cuál era la meta propuesta antes incluso de que la campaña se pusiera en marcha: eso explicaría, por ejemplo, que un mes antes de que los cruzados se reunieran en Toledo –el 2 de abril–, un caballero al que el documento llama *Peregrinus* hiciera testamento ante la posibilidad de morir durante la guerra “*o en cualquier momento hasta la culminación de la batalla*” –“*si ego in hoc bello finiero, vel usque ad transactum praelium*”⁷⁵. Más explícito aún, una de las razones que adujeron los cruzados ultramontanos que abandonaron la expedición tras la toma de Calatrava fue que ellos habían ido a la guerra contra el rey de Marruecos “*según a ellos les fue predicado*”, y que como aquel no hacía acto de presencia –por tanto, si no había posibilidad de enfrentarse a él en un duelo campal–, preferían volver a sus patrias: “*quod ad bellum uenerant contra regem Marroquitanum, sicut eis fuerat predicatum, quem cum non inueniebant, uolebant modis omnibus repatriare*”⁷⁶.

Hay que reconocer, pues, que en el “universo” de las cruzadas la de Las Navas representa un caso insólito. Es necesario reproducir, a este respecto, un párrafo verdaderamente antológico de Martín Alvira Cabrer:

“En la cruzada de 1212 no hubo una Jerusalén que recuperar, ni un Egipto que conquistar, ni una Provenza herética que purificar y someter; ni siquiera hubo una intención explícita de conquista territorial sobre los musulmanes... Así pues, la cruzada de Las Navas de Tolosa comenzó y terminó como se había concebido en septiembre de 1211: como una empresa dirigida a librar una batalla campal en la que destruir el potencial bélico almohade. Fue la batalla y sólo la batalla el motivo que bastó para movilizar a buena parte de la Cristiandad en 1212. En este sentido, la campaña que culminó en Las Navas

73. Demetrio MANSILLA, *La documentación pontificia hasta Inocencio III (965-1216)*, Instituto Español de Estudios Eclesiásticos, Roma, 1955, doc. 468. La negrita es nuestra.

74. *Ibidem*, doc. 470.

75. *Bullarium Ordinis Militiae de Calatrava*, I. J. Ortega y Cotes, J. F. Álvarez de Baquedano, P. Ortega de Zúñiga y Aranda (eds.), Tipografía Antonio Marín, Madrid, 1761, pp. 451-452.

76. *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, p. 29. Sobre la predicación de la cruzada fuera de la Península Ibérica véase Miguel Dolan GÓMEZ, *The Battle of Las Navas de Tolosa: The Culture and Practice of Crusading in Medieval Iberia*. PhD diss., University of Tennessee, 2011, pp. 70-85 y 114-122. http://trace.tennessee.edu/utk_graddiss/1079

*de Tolosa es, seguramente, la primera y la única cruzada de la Edad Media cuyo objetivo explícito fue librar una batalla campal*⁷⁷.

Pero si lo ocurrido en Las Navas resulta insólito en el marco general del movimiento cruzado, no menos lo es en el contexto de los usos bélicos de la época. Incluso aceptando la necesidad de modificar el llamado *paradigma Gillingham* en el sentido propuesto por sus críticos, esto es, admitiendo –aunque sea matizadamente– que, como dice Rogers, “*at least some medieval commanders did view battle as one of the main weapons in their strategic arsenals*”, y que “*we must rank direct battle on the same plane with siege and devastation as one of the main tools of the strategists of the Middle Ages*”⁷⁸, o aceptando que, como sostiene Monteiro, “*devemos, desde já, estar disponíveis para aceitar a batalha campal não como um corpo estranho no exercício da guerra medieval, mas antes como um entre outros recursos de que dispunham os respectivos generais, e como um recurso de extraordinário valor*”⁷⁹, habrá que reconocer al menos una evidencia: al contrario que la mayor parte de las batallas de la época –no nos atrevemos a decir que todas–, la de Las Navas, tal como fue concebida por Alfonso VIII, no fue consecuencia de una decisión táctica adoptada a la vista del enemigo con el objetivo de alcanzar un objetivo estratégico diferente, tal como obligarle a levantar un asedio, impedir una invasión o atajar una cabalgada. Así fue, ciertamente, en las batallas de El Cuarte, Uclés, Alarcos, Porto Pí, El Salado, Nájera o Aljubarrota, por recordar únicamente algunas ocurridas en el ámbito hispánico.

John Gillingham ya advirtió de que el hecho de que un comandante estuviera tácticamente dispuesto a arriesgarse en una batalla no significaba que estuviera desarrollando una estrategia de búsqueda de la batalla o, dicho de otra manera, que en un momento determinado de una campaña un dirigente se decidiera a ofrecer o a amenazar a su enemigo con una batalla no quería decir que se hubiera embarcado con el objetivo de librar una batalla⁸⁰. Señala Andrew Villalon, al hilo de las ideas de Gillingham, las dificultades que tienen los especialistas para conocer el pensamiento estratégico o las verdaderas intenciones de un comandante y saber si cuando iniciaba una campaña lo hacía realmente decidido a luchar en una batalla, añadiendo que para etiquetar a un comandante medieval como “buscador de batallas” sería necesario algo así como “*a written, strategic plan*” de la campaña: “*Unfortunately [concluye], few if any, such “smoking gun” documents survive from the Middle Ages. In fact, in probability few, if any, ever existed*”⁸¹.

77. Martín ALVIRA CABRER, *La batalla de Las Navas de Tolosa, 1212. Idea, liturgia y memoria de la batalla*, pp.110-111.

78. Clifford J. ROGERS, “The Vegetian «Science of Warfare» in the Middle Ages”, pp. 8 y 19.

79. João Gouveia. MONTEIRO, “Estratégia e risco em Aljubarrota”, p. 90.

80. John GILLINGHAM, “Up with Orthodoxy!”, pp. 150-151.

81. Andrew VILLALON, “Battle-Seeking, Battle-Avoiding, or Perhaps Just Battle-Willing?”, pp. 150-151.

Y, sin embargo, esto último, o al menos algo muy similar, es lo que encontramos al analizar el plan de campaña de Alfonso VIII –expresamente explicado al Papa y, a través de los predicadores, a los cruzados–, y al estudiar el desarrollo de sus movimientos durante la campaña. Para Alfonso VIII la batalla no fue un último o inevitable recurso para derrotar a sus enemigos, como sostiene el *paradigma Gillingham*, ni tampoco uno entre otros posibles, como matizan sus críticos, sino que fue el primero y el único. Si el comportamiento militar del califa almohade encaja perfectamente en la ortodoxia bélica de la Edad Media, por el contrario tal como proyectó y llevó a cabo la empresa el rey de Castilla, planteada al modo clausewitziano con el objetivo estratégico de liquidar de una sola vez en campo abierto el potencial militar de sus enemigos, la expedición que culminó en Las Navas está fuera de rango y no se atiene a ningún paradigma: que sepamos, nunca antes y nunca después, al menos en el ámbito peninsular, se había proyectado y buscado tan conscientemente el combate directo y masivo como instrumento para dirimir un conflicto armado.